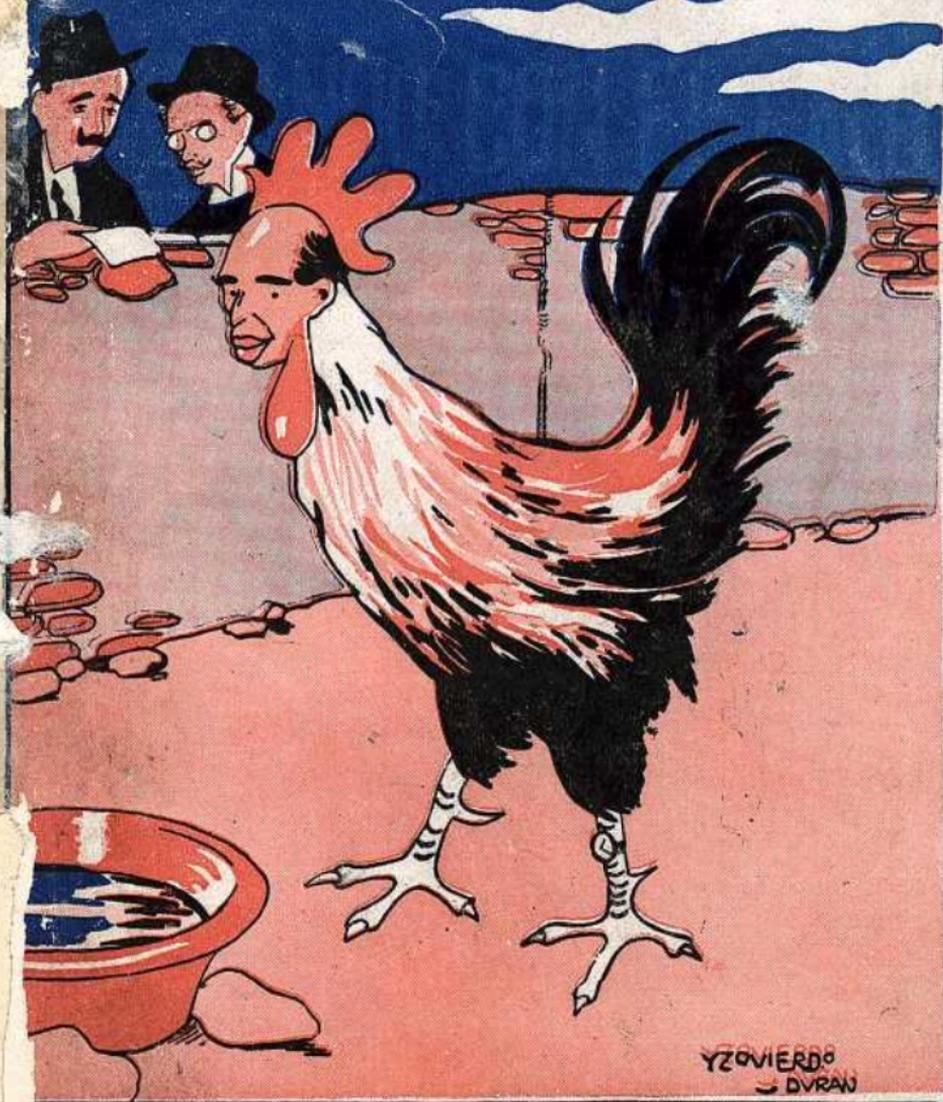








A. SANCHEZ CARRERE



HABLANDO CON EL GALLO
DE LA PASION



Al ilustre compañero,
Rogel Caamaño (El Barquero)
colega que le quiere
Adolfo Sánchez Carrere

«EL COCO» REPORTER

Adolfo Sánchez Carrere
1915

Es propiedad del autor,
Cumplidos los compromi-
sos legales.

A handwritten mark or signature, possibly a stylized letter 'L' or a similar symbol, located in the lower center of the page.

"EL COCO" REPORTER

Hablando con el «Gallo» de la pasión

INFORMACIONES CÓMICAS POR

ADOLFO SANCHEZ CARRERE

PRÓLOGO DE

Juan Pérez Zúñiga

ILUSTRACIONES DE

JOSÉ IZQUIERDO DURÁN

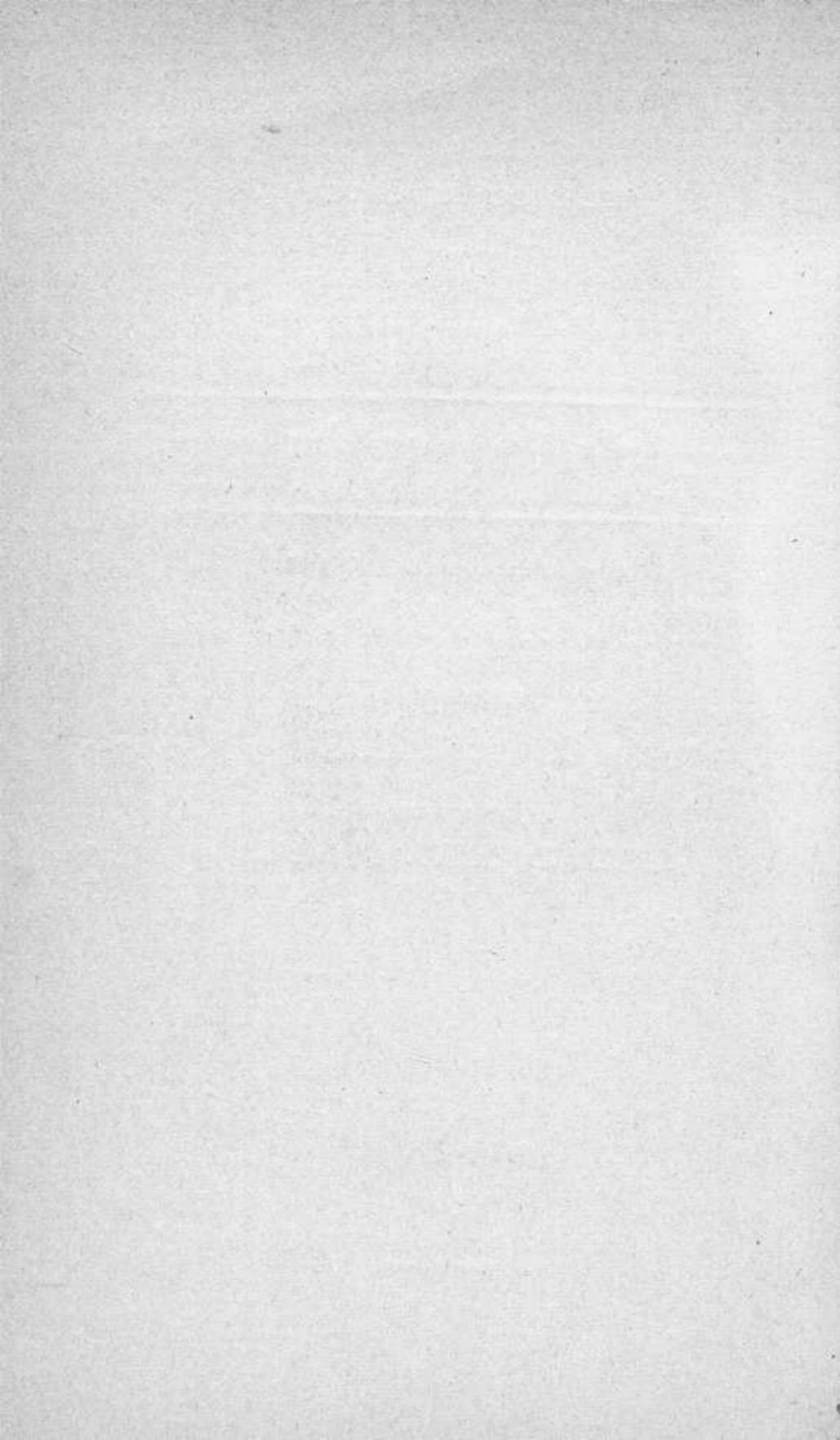


MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1914





AL POPULAR PERIODISTA
«EL DUENDE DE LA COLEGIATA»

su fracasado competidor

«EL COCO DE LA LATA»

Admirado «Duende
de la Colegiata».
Yo que, como muchos
que no lo declaran,

le envidio bastante
por la justa fama
que en muy poco tiempo
le han dado en España
las informaciones
que menospreciadas
fueron por algunos
compañeros de armas,
quienes intentaron
después imitarlas,
me sentí «reporter»
por ver si lograba
lo que usted, que cuando
saliera de casa
todos, conociéndome,
paso me dejaran
diciendo:— ¡Que viene
«¡El Cocol» — en voz alta.
Al verme privado
de ayuda *de cámara*
que me *sorprendiese*
con sus instantáneas,
busqué á Pepe Izquierdo
Durán, camarada
y artista *de buten*,
el cual con dos rayas
hace una carica-
tura que entusiasma,

pues como si fuera
retrato que saca
su Alfonso, parece
propiamente que habla.
Me puse un sombrero
de copa abollada,
de esos que convidan
á *ahuecar el ala*,
y, en vez de impermeable,
me compré un paraguas
que no deajo nunca,
vaya donde vaya
y llueva ó no llueva,
pues sin su *compaña*
nadie me conoce,
lo cual me da rabia.
Mi capa del brazo
va siempre colgada.
No puedo ponérmela
por la misma causa.
Con este uniforme
y el *gachó de marras*;
ó sea el que en todas
partes me retrata
para que se vea
que son siempre exactas
las informaciones,
y que *doy la cara*,

me metí en hoteles,
cafés y posadas;
hablé con los hombres
de todas las razas
y encontré en mujeres
muchísimas castas.
Yo ví las «estrellas»
del cuplé, la danza,
el teatro, la música
y la tauromaquia.
Yo, en no pocos casos,
en no pocas casas
y en todos los sitios
que me dió la gana
procuré *colarme*.
Si alguno dudara
que lo he conseguido,
leyendo estas páginas
podrá convencerse
de que mis palabras
son ciertas, muy ciertas.
«El Coco» no engaña.
Mas como mi idea
resultó frustrada
y la fama suya
no pude eclipsarla
(pues segundas partes
siempre fueron malas),

viendo en gran peligro
mi cabeza, varias
veces, por ser cosa
que me hace gran falta,
dejo la tarea
y me voy á casa
antes que esos tíos
que en calles y plazas
cuando pasa gente
á voces exclaman:
—¡Se dan cinco, quince,
diez *de cocol*—vayan
por mí un día y quieran
venderme hecho rajas.
Las informaciones
que hice en mi campaña
con la firma de «El
Coco de la Lata»,
en este volumen
van recopiladas
y á usted las dedico
si quiere aceptarlas
como prueba humilde
de la amistad franca
y admiración grande
que al «Duende» consagra.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE



Las primeras páginas

Trrrrrrrrrr...

(Esto es el timbre de la puerta de la escalera.)

.....

Trrrrrrrrrr... (Otra vez el timbre.)

Yo.—(Con el timbre de mi voz.) Ru-
perta...

La criada.—Señor...

Yo.—Han llamado á la puerta dos veces.

La criada.—Señor, no lo he oído. Estaba dándole al gato en la cabeza con el paraguas de la señora en el cuarto oscuro, y claro...

Yo.—Bueno, pues vete y abre á quien sea.

(Ruperta desaparece taconeando.)

.....
Transcurren dos minutos.

.....
Ruperta.—Señor.

Yo.—¿Quién es?

Ruperta.—Un joven bastante bien parecido que quiere hablar con usted.

Yo.—¿Te ha dicho cómo se llama?

Ruperta.—Si no he entendido mal, creo que se llama Carrete.

Yo.—¿Carrete?

Ruperta.—Sí; pero delante del Carrete tiene otra cosa.

Yo.—¿No será Sánchez Carrere?

Ruperta.—Sí, señor; cabalito.

Yo.—Pues dile que pase. Ya ves que estoy casi desnudo; pero Adolfo es de confianza y puede pasar.

Ruperta.—Muy bien, señor.

(La criada se retira por el foro.)

.....
Transcurren veinticinco segundos.

.....
—Buenos días, don Juan.

—Felices, Adolfo. ¿Qué le trae por aquí?

—Que voy á publicar un libro de informaciones detectivescas, estilo *Duende de la Colegiata*, y quisiera que usted, que siempre me ha mirado con buenos ojos, tras buenas gafas, me hiciera un... vamos, un...

—¿No sabe usted lo que quiere?

—No, señor.

—Pues si usted no lo sabe...

—Sí lo sé; pero...

—Lo que yo no sé es cómo explicarme las dudas de usted; de un hombre tan resuelto, que no ha tenido escrúpulo ninguno para dar á la escena las obras más atrevidas, encontrando un filón en *El centro de las mujeres* y otro en *El órgano de las señoras*, pasando por *El golfo de Guinea* y poniendo en su pieza *La mano de la chica* todos los cincosentidos que el Señor le dió...

—Basta, don Juan; yo no vacilo. Yo lo que siento es molestar á usted con esta im-perdonable impertinencia. Sé muy bien lo que quiero: que usted inaugure mi libro de informaciones curiosas con una que me sirva de presentación, con un diálogo entre usted y yo, con algo, en fin, interesante, de verdadera emoción, que ocurriese aquí mismo mientras recíprocamente nos *interviewávamos...*

—Comprendido, mi querido Adolfo. Pero yo no sé qué demontres haríamos para que los deseos de usted fueran *colmados*... ó, cuando menos, *tupis*. Lo que yo haría de buena gana sería ir diciendo á cada uno de mis innumerables conocidos que se fijara en el ingenio que acusan los trabajos literarios de usted, igualmente dignos de aplauso en el periódico que en la escena. Pondría carteles en las esquinas haciendo saber á los que todavía lo ignorasen, que usted, dentro y fuera de la sicalipsis, podía demostrar, bajo esa capa de modestia con embozos de cortedad, que posee más gracia que algunos que andan por ahí cortando el bacalao del humorismo; y finalmente, que...

¡¡Cataplún!

(El autor de este libro y su pseudo-prologoísta dan un salto al oír el antedicho ¡¡cataplún!!, vocablo con que solemos expresar el ruido causado por cosas que chocan ó que se derrumban.)

Al cataplún siguen tres ó cuatro gritos desgarradores procedentes de un saldo de exclamaciones establecido en el pecho de la Ruperta, según se ha sabido después.

Sánchez Carrere y un servidor nos dirigimos apresuradamente á la despensa, que es

el sitio de donde partían los ruidos, y el más horrendo de los espectáculos aparece ante nuestra vista, corta, pero honrada.

Serapio, el novio de la Ruperta, después de haber penetrado furtivamente en mi hogar immaculado, había hecho presa en su infiel prometida y habíala dividido la cabeza con la tabla de picar la carne.

Un reguero de sangre, al parecer humana, partía del cráneo de la sirvienta y bajaba serpenteando por sus vestiduras y por los fríos baldosines de la perfumada estancia hasta ocultarse bajo la zafra del aceite.

Ante nuestra terrible presencia, el agresor logra escapar; restañamos la sangre alcarreña ya mencionada; dueños de la cabeza lesionada, tapamos la *obertura* (como la llama la paciente) con picado papel del más próximo vasar, y yo invito á Sánchez Carrere á que averigüe, de labios de Ruperta, los motivos de tan brutal agresión.

—¿Qué ha sido eso, muchacha?

—Los celos en que arde mi novio.

—¿Y quién se los inspira?

—Mi señor.

Carrere, asombrado, aparta sus ojos de Ruperta y los clava en mí. Yo bajo los míos hasta el pavimento, por no serme posible

bajarlos más, y con voz de galápago afónico, murmuro al oído de mi visitante lo siguiente:

—¡Adolfo, soy un desgraciado!

—¿Por qué?

—Porque con todas las domésticas me ocurre lo mismo. Por mí se suicidó una moce-tona de Ponferrada; por mí una murciana entró en el convento de las Arremetidas, por mí dejó sin muelas un tramoyista celoso á la sobrina de un guarnicionero de esta guarnición; por mí...

—No me diga usted más, don Juan de mi alma. Ese aspecto de usted es ignorado por las muchedumbres, como hasta hoy lo era por mí; pero vive Dios que desde este instante, y salvo que usted prefiera no ser descubierto, lo sabrá todo bicho viviente, ó dejaría yo de ser un reporter con toda la barba.

Carrere saca de un bolsillo tres cuartillas y de otro una pluma *pestilográfica*, como la llama la Ruperta, y febrilmente comienza á consignar datos y más datos por los cuales, á ser conocidos, pudiera padecer mi reputación.

—No se moleste usted—digo á Carrere, deteniendo bruscamente la mano con que escribe y acompañando á la acción con una carcajada histórica.

—¿Por qué?—pregunta el joven autor.

—Porque todo esto es una broma, salvo lo del golpe sufrido por la Ruperta. Ni yo me meto con la servidumbre para nada, ni soy otra cosa que un infeliz vejete más inofensivo que un conejo recién destetado.

—Entonces...

—Nada, querido Adolfo; que conociendo el interés de usted por sacar de aquí alguna impresión extraña para encabezar con ella la serie de sus informaciones, háseme ocurrido esto, que usted debe tomar como lo que es.

—Y así lo tomo... y no hay más que hablar—dice el bueno de Adolfo, guardándose los atributos del reportaje para mejor ocasión y disponiéndose á caminar con rumbo á la puerta de la escalera.

—¿En qué otra cosa puedo servir á usted?—le pregunto.

—En nada; en repetir por todas partes que...

—Sí; que mi amigo Adolfo Sánchez Carrere tiene, además de otras apreciables venas, la vena cómica y que está siempre dispuesto á explotarla de un modo brillante, ya como cronista, bien como poeta cómico, ora como autor de regocijantes producciones escénicas. ¿No es esto?

—Si usted es tan amable...

—¿Por qué no? Lo que deseo es que venda usted muchos *Gallos*.

—Mil gracias, don Juan... Y hasta la primera.

Adolfo estrecha mi diestra mano (ya bastante estrecha de suyo) y haciéndome siete reverencias abandona mi hogar, no sin tropezar con el gato en las tenebrosas revueltas del pasillo. La Ruperta, oculta tras una cortina verde, y con la cabeza embalada como si la tuvieran que facturar, curioseosa, suspira, mira de reojo á Carrere, sonrío y se relame. Yo me retiro á orar ante un cuadro de las ánimas para que el cielo derrame sobre el presente libro sus no despreciables y sí muy solicitadas bendiciones...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



Hablando con el «Gallo» de la pasión

Coletas y coronillas.—Algo de interés.—Debilidad.—Se toma un *cangrejo*.—Volando á Sevilla.—Hablando con el *Gallo*.—La pasión de la *Imperio*.—Mujer *modelo*.—Superstición.—*Interviué* con Pastora.—Rafael tiene poca.—Se arri-
ma.—¡Se tira!

El que dijo que España es el país de las paradojas tuvo sobrada razón.

Lo prueba el que aquí, para andar bien, hay que agarrarse á las extremidades. ¿Cómo? Dejándose la trenza ó afeitándose la coronilla.

En el moderno naípe de la sociedad, la torería y el clero son triunfos siempre. Todo el mundo los conoce por *la pinta*.

La torería, especialmente, ha adquirido

tal importancia, que hoy el diestro, ó el *si-niestro*, que no dió á luz su libro correspondiente, es porque está en vísperas de hacerlo.

Esta forma de darle sus más expresivos *recuerdos* al público, llegó á tener tanta aceptación, que cuantas ediciones taurófilas se ponen á la venta son rápidamente agotadas.

La lectura del ameno libro de *Gallito* sugirió en mí la idea de esta información.

Estábamos en Semana Santa. Era preciso dar algo que resultase de interés y actualidad.

Con la velocidad de automóvil aristocrático, salí de la redacción en busca del caricaturista, cuya ayuda es para mí de absoluta necesidad.

Una vez juntos, enterados de que el *gran* Rafael Gómez se hallaba en su casa de Sevilla, emprendimos el camino de la estación.

A los pocos pasos, la debilidad de nuestras piernas nos hizo comprender la necesidad de un vehículo.

Para reparar lo de la debilidad tomamos un *cangrejo*.

— Así llegaremos á la hora—pensé.

Y efectivamente llegamos á la hora... y pico de haber salido el tren.

—¡Estamos aviados!—exclamó Izquierdo.

—¿*Aviados* has dicho? Pues estonces no hay más que hablar. Vamos *volando*.

Treinta minutos después estábamos en la ciudad del Guadalquivir llamando á la puerta de la casa de nuestro héroe.

Era de noche.

Unos ojos escudriñaron por el ventanillo.

—¿Vive aquí el César del toreo?

—¿Don César? Aquí no. En la tienda de ultramarinos.

Reconocí la voz. Era la del propio Rafael; el soberano Gómez.

Con la devoción de todo buen aficionado á la fiesta nacional, me descubrí respetuoso, y para saludarle cumplidamente:

—«¡Ave, César!»—exclamé con acento de triunfo.

El ventanillo fué cerrado de golpe en aquel instante, y la misma voz volvió á decirnos que nos fuéramos á la tienda.

—¡Ave, *Gallo!*—replicó entonces Durán.

—¿Quiénes sois *ustés?*—se oyó decir.

—Dos *reporters*.

—¿Y eso qué es, si *pué* saberse?

—Periodistas.

Al decir esto la puerta se abrió como por encanto.

El torero-artista nos recibió con un farol. Gracias á su luz, llegamos al despacho sin tropiezo; y dió principio la interviú.

—Hemos leído su libro.

—¿Mi libro?... ¡Ah, sí!... Los toreros nos permitimos ahora ese lujo, aunque bien *mirao*, el mío no fué un lujo; fué un *Lugin*.



—¡Siempre tan modesto! Queríamos hablar con usted de la pasión...

—¿De Nuestro Señor?

—No. De vuestra señora, la Imperio.¡ Según la curiosa relación del libro,¡ se la inspi-

ró usted desde el primer momento en que le vió, en el teatro de Apolo, de Valencia, donde ella trabajaba hace siete años.

—Eso dice ella.

—¿Pero usted no lo cree?

—Tengo que creerlo porque es mi esposa.

—¿Y usted no la quiere?

—¿Cómo no quererla con esa cara y esos ojos y ese?...

—Sí, sí. Nos lo figuramos. ¿Es cierto que Benlliure, Villegas y Romero de Torres copiaron su rostro en varios cuadros suyos?

—*Ciertísimo.*

—Comprendemos su satisfacción. Al fin y al cabo se llevó usted una mujer *modelo*.

—¿Y es verdad también que en la Habana llegó á ganar últimamente cien duros diarios?

—*Chipén. La Pastora tié mucho ganao.*

—Es natural. ¿Y no piensa usted que haya armisticio, que haya frutos?

—No, *ni hablen ustés* de eso, porque se me encoge el corazón.

—¡Cómo! ¿No le gustan á usted los chicos?

—Tanto como no gustarme, no. Lo que pasa es que tengo *mico* á tenerlos, por si me sale alguno tuerto ó bizco. ¡Con la mala pata

que *tién* los bizcos y los tuertos! Por eso no me casé con aquella tiple de marras. Una gitana me lo dijo: ¿Tú con una cantatriz de esas? Como te echen las bendiciones, yo te juro que *gallos* no te han de faltar.

Interrumpió el relato Rafael.

Pretendimos que lo reanudase, pero él empezó á «darnos largas», cosa natural en un torero, y nos tuvimos que marchar.

Desde allí nos fuimos á casa de Pastora



Imperio, la artista de los ojos verdes, grises, enigmáticos, de esfinge, de sibila, de morronga... Nos recibió en confianza, sin «elasticidades ni estremecimientos hieráticos de danzarina sagrada» y sin «palpitaciones sensua-

les de baile griego con incrustaciones de balanceos más ó menos moriscos.

La interrogamos.

—*Ustés* dirán.

—¿Cuándo se le declaró á usted el *Gallo*?

—El día antes de *ahuecar el ala* con mi persona.

—¿Cómo lo hizo?

—¿También eso se lo tengo que decir á *ustés*?

—¡Claro! Es de interés, porque los andaluces gozan fama de tener mucha *labia* para las hembras.

—Pues ese tiene *mu poca*. Es un *Gallo* que por *er pico* no hubiera *servío pa diputao*. Fué en su casa. «¿Me quieres?», me preguntó así, á *boca é jarro*. «Sí», le contesté yo. «¿Tú eres capaz de venirte conmigo?» «Cuando te dé la gana.» «Haz la prueba.» Y *ar día siguiente*, á las cinco en punto, salimos *de naja*.

—¿Le ha visto usted torear?

—Nunca. Eso no quita *pa* que yo desmienta á la gente cuando dice que Rafael no se arrima, ni se tira á matar. Se arrima y se tira, ¡vaya si se tira! ¡Así que no tengo pocos retratos de él que lo demuestran!

—Llegó la hora de meterse en la cama.

No queremos molestarla más. Adiós. Un millón de gracias, Pastora, y que el *Gallo* la quiera con igual pasión que usted á él

—¡Ay!—exclamó Pastora suspirando.—
¡Ojalá fuera siempre *pa* mí lo que antes! ¡El *Gallo* de la pasión!

—Y así concluyó nuestra interviú.

EL FOLLETÍN DE LA EXISTENCIA

Un pobre, criado en
muy buenos pañales

«El parador del Rif.»—Una revelación providencial.—¡A la Corredera!—El primer encuentro.—En busca de las posaderas.—¡Por fin!—Hablando con el Barón.—Historia triste.—Un tío bruto.—La lágrima furtiva.—Y se acabó.

En la Corredera Baja de San Pablo hay una posada.

¿Que esto ya lo sabían ustedes?

Me lo figuraba. Pero de alguna manera tenía que empezar.

«Parador del Rif» se titula, y dedícase con preferencia á servir de albergue á los forasteros, por lo cual tiene cierta semejanza con los demás establecimientos de su índole.

El núcleo principal de sus pasajeros habituales lo componen mandaderos de pueblos

vecinos, á quienes se conoce vulgarmente por el nombre pintoresco de *ordinarios*.

El resto lo forman en su mayoría chalanés, carreteros y demás distinguidas personalidades pertenecientes á la *andante caballería*, que tiene en ellos una muy lucida representación.

¿Quién pensara que entre los muros de mansión tan miserable había de encontrarse una persona de ilustre abolengo, cuyos rancios pergaminos fueron antaño objeto de codicia dentro de los mejores castillos señoriales? ¡Pocos eran los apellidos que por aquel entonces podían dar el lustre que los «Huntados de Betún!»

Uno de estos Huntados—¡crueldades de la vida!—es hoy modesto servidor de una posada.

Yo lo supe, no por una casualidad, sino por una vecina de casa, que me lo dijo confidencialmente.

Ella fué quien me lo descubrió todo.

—¿Está usted cierta de que lo que acaba de revelarme es *la pura*?

—Lo estoy.

—¿Tiene usted el pleno convencimiento?

—Lo tengo.

—Entonces no hay más que hablar.

Y juzgando el asunto de interés para una información que llenara las necesidades del periódico y que llenara unas cuantas columnas (que es lo que se trataba de demostrar), fuíme en busca de Izquierdo Durán, mi compañero gráfico.

—¿Adónde me llevas?—preguntó.

—A la Corredera Baja de San Pablo.

—¡Ah! ¿Sí? Pues vas tú solo.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Yo no piso la Corredera.

—¿Por qué?

—Porque soy muy escrupuloso y no quiero que me vea el pollero del quince.

—¿Le debes algún *cuarto*?

—Un *pico*.

—Iremos en coche.

—Siendo así...

Poco después nos hallábamos frente á la portalada del «Parador del Rif».

Dos personajes ofreciéronse á nuestra vista: un burro sin herrar y un carretero que debía estar errado, á juzgar por el modo que tenía de confundir lastimosamente los altos lugares con el evacuatorio de la Puerta del Sol.

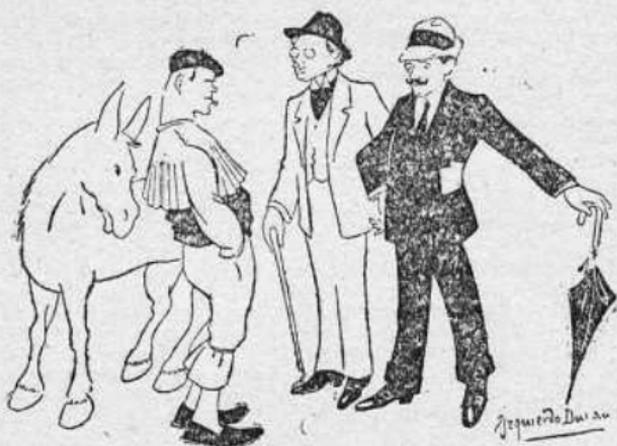
—Oiga, buen hombre—exclamé dirigiéndome al conductor de carros.

El burro, al oír el calificativo, me miró con extrañeza.

—¿Por dónde anda el posadero?

—Aquí no hay posadero. Son dos hermanas las dueñas.

—Usted perdone. Ignorábamos...



—La mayor está arriba. La pequeña debe andar por el cuarto ese de ahí abajo.

—Gracias.

Echamos á andar. Dimos uno, dos, tres pasos. Al llegar al cuarto nos detuvimos en la puerta.

Una voz tan desagradable como la de cualquier primera tiple hirió nuestros oídos.

Escuchamos.

—¡Ay, ven y ven y ven! . .

—Parece que pide auxilio.

—No, hombre. Es que canta.

¡Vaya un tono!

—El de la menor. Recuerda los informes del carretero.

Entramos.

—Señora: ¿es verdad que tiene usted un criado á su servicio?

—Sí.

—¿Sabe usted que es barón?

—A juzgar por las apariencias, sí que lo parece.

—Lo es. Estamos seguros.

—¿Se han bañado ustedes con él?

—No.

—Entonces...

—Nos lo garantiza una revelación hecha por personas de crédito indiscutible. ¿Podríamos hablar con él para tomar algunos apuntes?

—¿Por qué no? Si él quiere... En el pajar está. Suban y tomen lo que quieran.

—Se agradece.

Subimos. No nos habían engañado. Allí estaba el Sr. D. Augusto España Marco Pintado de Blanco y Huntado de Betún.

¡Sarcasmos del mundo! Cubierto de harapos, el hombre que descendía de tan noble cuna, descendía en aquel momento de una escalera miserable en la que se hallaba subido.

—¿Qué hacéis, ilustre señor?



—¿Cómo—exclamó nuestro héroe todo asombrado—. ¿Saben ustedes...?

—Absolutamente todo.

—¿Les habrá causado extrañeza?

—Ciertamente. Un hombre cuyos ascendientes fueron siempre rodeados de pajes verse así...

—Rodeado de pajas, ¿no es verdad?

—¡Qué diferencia tan grande!

—Total, por una letra. ¡Ah! Ella tuvo la culpa de mi ruina. Venció; no pude pagarla á su tiempo. Vino el embargo de mis bodegas de Sevilla. Mi administrador fué allá con intención de sacar lo que pudiera de Jerez...

—¿Y qué?

—Vino blanco, lívido. No pudo sacar nada absolutamente. Perdí tres partes de mi capital. Tuve que agarrarme á la parte que me quedaba para establecer un modesto negocio. Al verme tronado me acordé de Santa Bárbara, y puse una cervecería. Creí poder salir adelante; pero, ¡ay!, la mala estrella me acosaba. ¿Saben ustedes los tercios de cerveza que vendí durante los tres primeros meses? Uno. Al segundo tercio me dieron dos palos, porque la cerveza se había descompuesto y el parroquiano también. Antes de que llegara el tercero y la mala pata mía me hiciera salir con muleta (pues estaba viéndome cojo), me dediqué al manejo del sable hasta que pude traspasar el establecimiento. Poco á poco fuí perdiéndolo todo: el crédito, los amigos, el capital. ¡España sin capital!, pensé yo entonces. Pues ¡adiós, Madrid! Y me ausenté de la Corte. Convertido

en vagabundo por obra de mi desgracia, fui de la Ceca á la Meca solicitando una ocupación para trabajar. ¡Empeño inútil! Tampoco pude lograrlo, porque en todas partes están hartos ya del vagabundo. Llegué á Cataluña; asalté la *Barceloneta* (parte antigua de la ciudad de Barcelona), y me rechazaron. Después atacé á la *Bayoneta* (parte antigua de la ciudad de Bayona), siendo rechazado también. Muerto de hambre, con el pensamiento en el Viaducto, regresé á la Villa del Oso dispuesto á hacerme una tortilla si no encontraba quien me diera de comer. Afortunadamente, topé con este humilde rincón, donde, á fuerza de trabajar como una caballería, voy tirando.

—¡Historia triste! ¿Cultiváis aún la amistad de alguna persona fina?

—No. Actualmente sólo trato con *ordinarios*.

—¿Y os miran bien?

—Todos. ¡Ya lo creo! Sólo hay uno que no me puede ver.

—¿Le habéis hecho algo?

—Nada. Es que se ha quedado ciego.

—¿Y las dueñas de la posada?

De esas no puedo quejarme. Me tratan á cuerpo de rey. Prueba de ello que yo siem-

pre he padecido del estómago y ahora me siento divinamente.

—Gracias á las posaderas.

—Naturalmente.

—¿Son buenas?

—Mucho. ¿Queréis que os las presente?

—No os molesteis. Ya las hemos visto.

¿Tenéis esperanza de que llegue algún día vuestra rehabilitación?

—Ninguna.

—¿No tenéis parientes á quien heredar?

—Uno solo.

—¿Lejano?

—Bastante. Vive en la Habana.

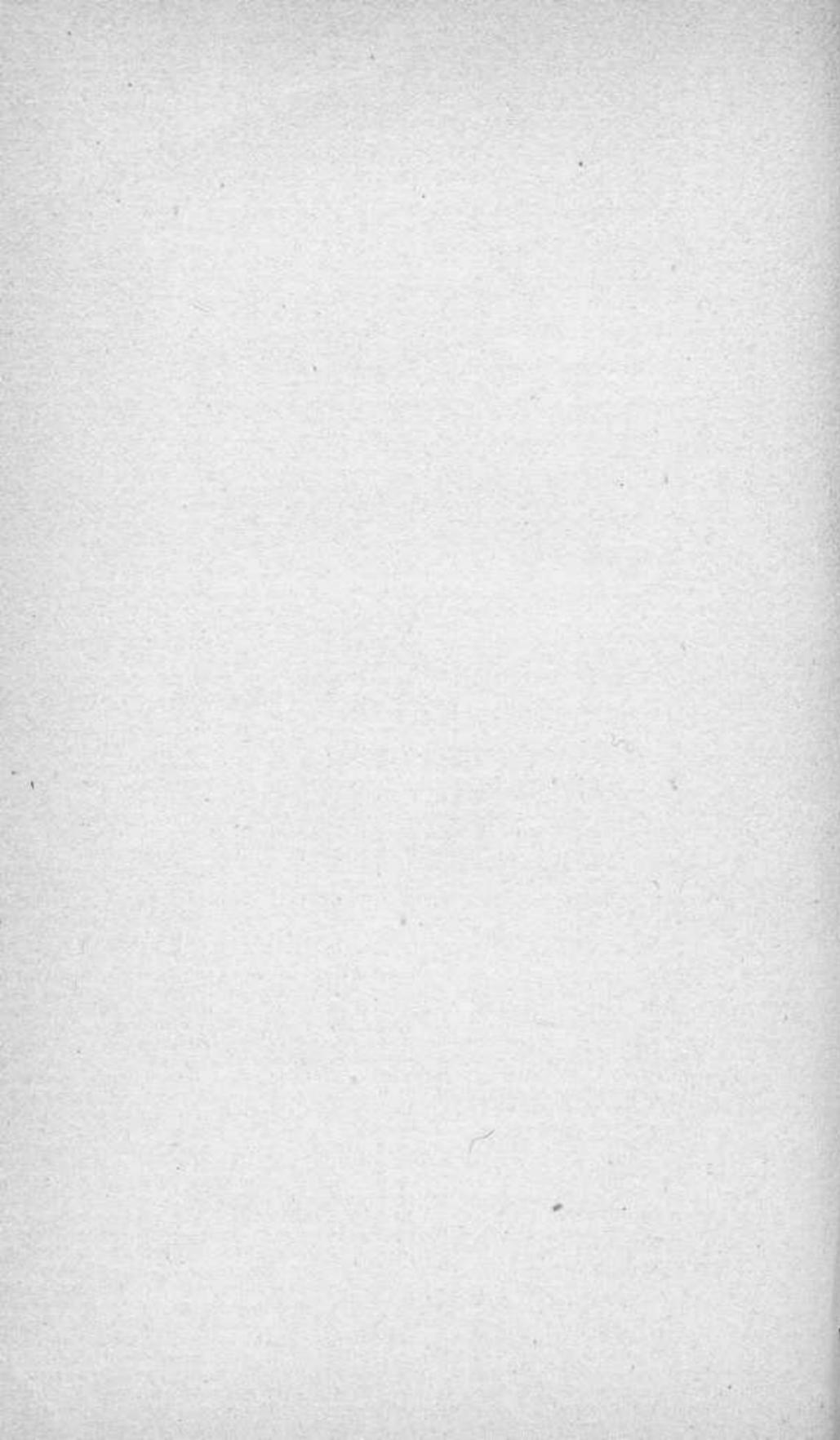
—¿Tendrá mucho *ingenio*?

—¡Quia! Es bastante bruto el pobre.

—Entonces...

Ibamos á interrogarle acerca de su negro porvenir; pero al ver brillar una furtiva lágrima en los ojos del caído aristócrata, nos despedimos, no sin que Izquierdo Durán nos *sorprendiese* antes con varios apuntes de nuestras *vera esfigies*, á fin de que el público no dudara luego de la veracidad indubitable de esta información.

EL COCO DE LA LATA.



VIENDO LAS «ESTRELLAS»

En casa de la bella «Pinguito»

Privilegio que se comparte.— Los ojos de *La Pinguito*.— Envidiando á un muerto.— ¡Se bebe!— Hay madera.— El salto de cama.— La confesión.— El espíritu de *La Pinguito*.— Negocio elástico.— No necesita ningún socio.— A América.— Sin fuga.— Le gusta el toreo.— Acabó la *interview*.

Actualmente el sol de la gloria sólo hace brillar á las estrellas de «varietés» en el cielo de la popularidad.

Este privilegio es compartido con ellas por los practicantes más aventajados de la escuela de Montes, ó «astros coletudos», para mayor claridad.

Hago esta aclaración á fin de evitar posibles molestias y reclamaciones por parte de los ingenieros cuya escuela lleva el mismo nombre.

Los toreros y las bailarinas imperan en la actualidad.

Véase si no la atención preferente que la prensa ilustrada y sin ilustrar les consagra á diario, convirtiendo en *artículos de primera necesidad* aquellos en que se describe con todo lujo de detalles una puerilidad cualquiera de su vida íntima.

Tales artículos suelen ser generalmente «interviews» y «armas al hombro».

La «interview» es hoy de absoluta necesidad en cuantos rotativos cultivan la nota amena juntamente con el fotograbado.

Nosotros, considerando que esto debe ser muy del agrado de los lectores, cuando tan enorme abuso viene cometiéndose por los periodistas en esta clase de trabajos, hemos decidido seguir la corriente y dar á ustedes cuenta de lo que hablamos el otro día en casa de la bella *Pinguito*.

Ello va á ser apelando á la literatura de forma algo telegráfica, puesta en boga por ciertos «repórters».

Véase la clase.

*
* *

La bella *Pinguito* tiene dos ojos.

Yo diría que tiene más. Todo en su cara

parece ser ojos. Tal es la fuerza de su expresión.

Mira por los labios de su boca, mira por las ventanas de la nariz...

Tampoco carece de potencia ocular el hoyito grácil y profundo de su barba.

La vista del hoyo produce en mí sensaciones opuestas.



Comienzo por envidiar la suerte del cadáver. El, cuando acaba su vida, encuentra la felicidad y la tumba.

Además, un refrán lo dice: «el muerto al hoyo...»

La segunda parte del adagio me obliga á variar de opinión.

Nos invita á beber. Aceptamos.

El cuerpo cimbreante de *Pinguito* se esfuma en las tenebrosidades misteriosas del aposento contiguo, apareciendo á poco portadora de un «exquisito vino «Madera».

Escancia. Libamos. Se hace charla. Salen á relucir las aficiones de cada uno. El vino y los «concerts» triunfan en nuestra predilección.

—A mí dame vino solo—exclamo yo.

—A mí «concerts»—replica ella.

—No puede negar que tiene *madera* de artista, ¿verdad?—pregunto á mi compañero.

—Ciertamente. Se ve que hay *madera*—contesta el interrogado, mientras clava sus ojos con insistencia tenaz en la vasija del vino.

El claro entendimiento de *Pinguito* recoge la indirecta. La libación es repetida. El palique continúa.

Me interpela.

—¿Qué quieres de mí?

—Que nos descubras tu pecho.

—¿Más?

Con un delicioso y picaresco mohín nos indica entonces los relieves espléndidos de su busto anforino, cuyo arranque tentador muestra por un descuido de su salto de cama.

La transparencia alevosa de éste levanta en nuestro ánimo la natural indignación.

—¿Has visto, *Coco?*—me dice Durán.—
Yo me muero.

—Sí—le respondo—. Es un salto mortal verdaderamente.

Nos limpiamos el sudor. Voy á exponerla



mi propósito...

—*Pinguito...*

Me interrumpe.

—¿No te acuerdas de mi gracia?

—Siempre, Pura.

—Pues dime así.

—Perdona. ¡Como nadie te lo llama!...

—Verdad. En nosotras puede más el nombre de arte que el de pila.

—Queremos hablar contigo de ti, de tu vida, de tus intimidades.

—¡Ah, vamos! Que haga confesión general, ¿no es eso? Lo de todos los periodistas.

—Sobre poco más ó menos.

—En ese caso, «venga de ahí», como dice el coro en las zarzuelas cuando el tenor ó la tiple tienen que cantarse alguna copla.

—¿Cómo nació en ti la afición á la danza?

—Viene de herencia. Mi padre...

—¿Bailaba también?

—Constantemente. No paraba ni un momento.

—¿Tenía academia?

—No. Lo que tenía era el baile de *San Vito*.

—¿Recuerdas algo de cuando te presentaste al público por primera vez?

—Sí. Debuté con unos «panaderos», que por cierto me hicieron repetir.

—¿Dónde?

—En un salón de Vigo.

—¿Volviste á pasar por Vigo desde entonces?

—Nunca.

Llegamos al capítulo de las confidencias.

Pinguito se explaya y nos revela una de grandísimo interés.

El espíritu de *Pinguito* es amplio y emprendedor. No puede contenerse, por tanto, en los límites estrechos de un mezquino jornal.

Es humana, y como tal, egoísta.

Por eso, en las horas que le deja libre su artística profesión, dedícase á otra cosa que le proporciona no pocos beneficios.

Pinguito, para vivir, no tiene suficiente con Terpsícore. Necesita, también, de Mercurio. Ama el comercio.

—¿Pero es posible que tú?...

—Sí, *Coco* simpatiquísimo, sí. No lo eches á broma. Tengo un negocio muy bonito para preservarme de la miseria en lo porvenir.

—¿Qué es ello?

—Un almacén de objetos de goma. ¿Te parece mal?

—Al contrario, chiquilla.

—Yo espero sacar buenos productos.

—¿Quién lo duda? La goma da mucho de sí. ¿Tendrás algún hombre al frente?

—Ninguno.

—Es extraño.

—Yo soy quien se encarga de todo.

— No haces bien en eso. Por muchas ener-

gías que tenga una mujer, nunca podrá tener tantas como un hombre.

—Te equivocas. Para hacer la competencia á Modesto Sáinz, proveedor de todos los frontones, me basto y me sobro.

—¡Ah! ¿Explotas el pelotarismo?

—¡Claro! Es uno de mis artículos principales. Lo que siento es tener que abandonarlo ahora. Una contrata ventajosa me obliga á ello. Me voy á América de «tournée». Qué, ¿te choca?

—Nada. A ver si vuelves con mucho *peso*.

—Seguramente tendré que pagar exceso de equipaje.

Antes de que la charla finalice se habla (¡cómo no!) de amores. ¡Y caso estupendo! La ideal *Pinguito* no se ha fugado de su casa todavía con ningún amante.

—¿Para qué? — nos ha dicho.— ¡Buena ganancia! Mejor que en casa no se está en ninguna parte. Además, eso cuesta caro.

¡Oh, la bailarina gentil, almacenista de gomas! El corazón acabará por traicionar tus buenas intenciones. Tiene que suceder así. Por algo eres española y eres «estrella». Necesitas luz. Una indiscreción tuya nos lo ha revelado sin tú darte cuenta.

Sabedlo, lectores. Pura *se parece* por el

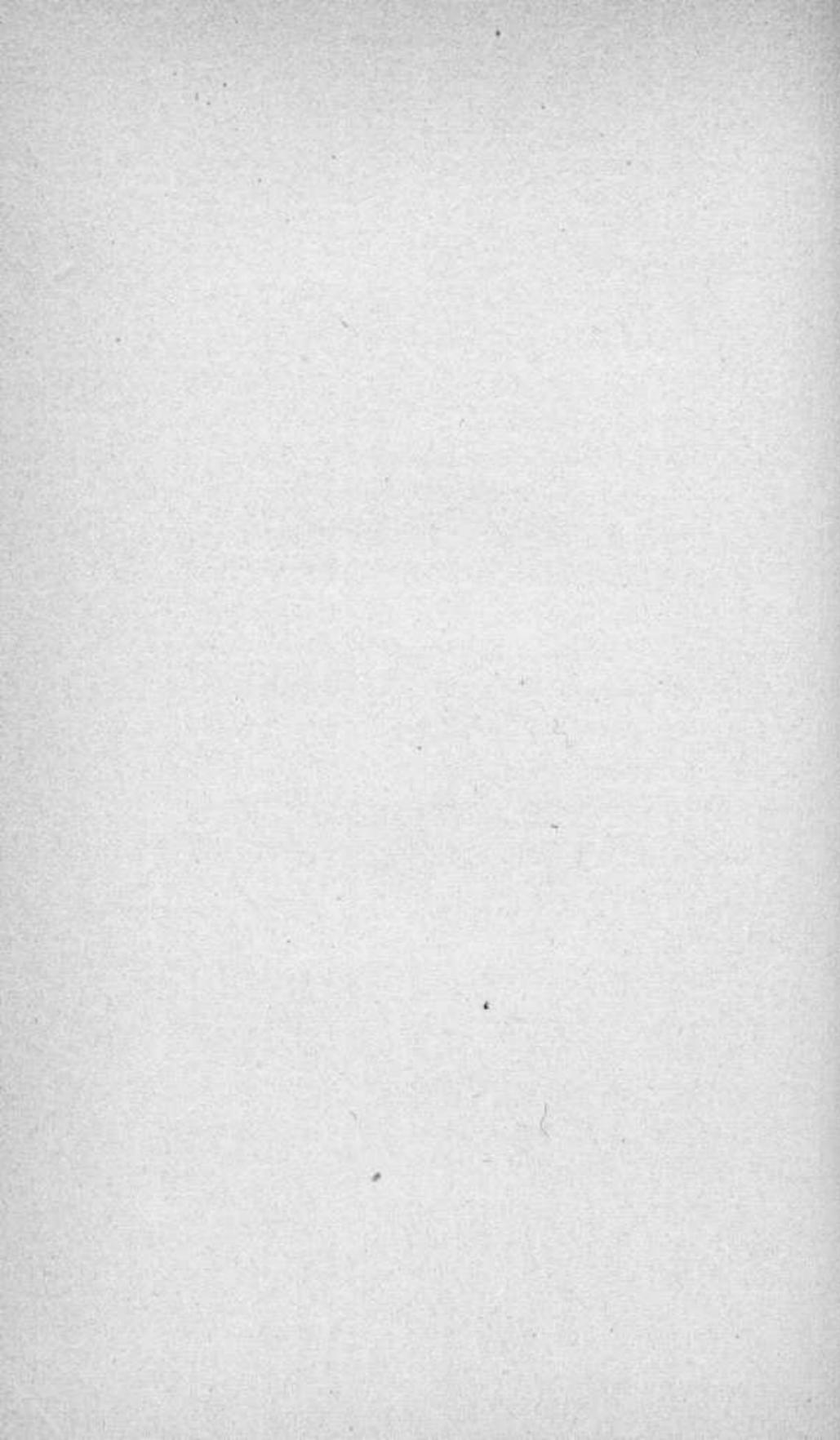
toreo, y sueña con un hombre que viva de las astas.

¿Lo encontrará? ¡No es difícil! ¡Hay tantos!

Hacemos punto. La bella *Pinguito* necesita salir.

La tendemos la mano. Ella, despojándose del salto de cama, nos la alarga. Tenemos el gusto de estrechársela. Y salimos.

De esta guisa acabó nuestra «interview» con esa bailadora que el público aristocrático del «Molineté-Palace» hubo de sacar en hombros, entusiasmado por la sensualidad agarena de su carne blanca, que palpita de placer á compás de las danzas cadenciosas que en el tabladillo ejecuta; esa artista eminente que se llama Pura y á quien todos conocen por *Pinguito*.



La partida de Canuto

Suceso importante.—Los protagonistas. — Señas mortales. — ¿Han coído?. — Colaboradores inseparables. — Sólo en el Retiro. — Lluvia triste — Sigue siendo un vivo. — No se habla de otra cosa. — Aquí hay lío. — Una misión esencial. — En busca de Mantequilla. — No hay criadillas en la casa. — Recurso infalible. — Quién es ella. — El *Heraldo* y la *Correspondencia*. — El fuelle colaborador. — Descubrióse el secreto. — ¡Y el «Coco» gozando!

La primera y principal obligación de todo buen «reporter» es meterse en lo que no le importa.

Tiene para ello una razón poderosísima: la de que pueda importarle al público.

A veces, y esto ocurre con lamentable frecuencia, después de llevarse á cabo la información, resulta que aquello no le importa al público tampoco.

En la ocasión presente creo que no suceda así.

Por la importancia del suceso y la categoría que en el mundo teatral ocupan sus protagonistas, los lectores sabrán agradecerme la revelación de lo que hasta ahora fué un secreto para todos.

¿Nombres?

Lo piadoso y prudente sería dejarlos permanecer en el más completo anónimo. Pero como la prudencia y la piedad incompletarían la información, yo, siguiendo la tradicional costumbre, recurriré á mi ingenio peregrino para salir del paso revelándoselo á ustedes todo lo más embozadamente posible.

Uno de ellos come majuelas con *Canuto*; es *Pérez-oso*; habita en una calle que no tiene *Montera*; en un número fácil de adivinar si no *seis* torpes, y en un piso que se parece á *Gallito*, pues pasa por *bajo*.

El otro, aunque sentó plaza de listo, tiene bastantes *Colás*, se muere por la *Mantequilla*; habita donde no *oso* decirte; *Diez* es el dueño de la finca, y el cuarto tengo que callármelo por ser lo *principal*.

Ambos confeccionaron innumerables obras como lo puede atestiguar *El desdichado Domínguez*.

¿A que no han caído ustedes todavía?

¿Verdad que no?

Me alegro.

Ahora vamos al grano.

Canuto Pérez (citaré sólo sus nombres y primeros apellidos), es un caballero de muchísima gracia. Tanto, que cuando se pone á soltar chistes y ocurrencias, más de un oyente se ve en la precisión de decirle:



—Caballero de gracia, calle.

Todo el mundo le conoce.

Colás Mantequilla, á quien sucede lo propio, era su último amigo, su inseparable compañero. Juntos planeaban las obras; jun-

tos las escribir; juntos presenciaban los ensayos; juntos asistían á los estrenos...

¡Difícil hubiera sido hallar una pareja colaboradora más compenetrada! ¡Ni más segura en el éxito! Eso sí. Era una pareja de seguridad.

Ellos alteraban el orden con sus producciones escénicas en todos los teatros.

Claro está que me refiero al orden de las obras admitidas.

Las suyas eran siempre las primeras en estrenarse.

Un día, hace ya quince de esto, la gente observó con extrañeza que Mantequilla no acompañaba, como de costumbre, á Canuto Pérez.

Yo fui quien primero le vió.

Estaba en el Retiro.

—¿Qué haces aquí junto al estanque?

—Compadecer á los peces de colores, que *están-que* brincan porque me río de ellos.

—¿Trabajas?

—Sí. Los días de fiesta.

—¿Cómo es eso?

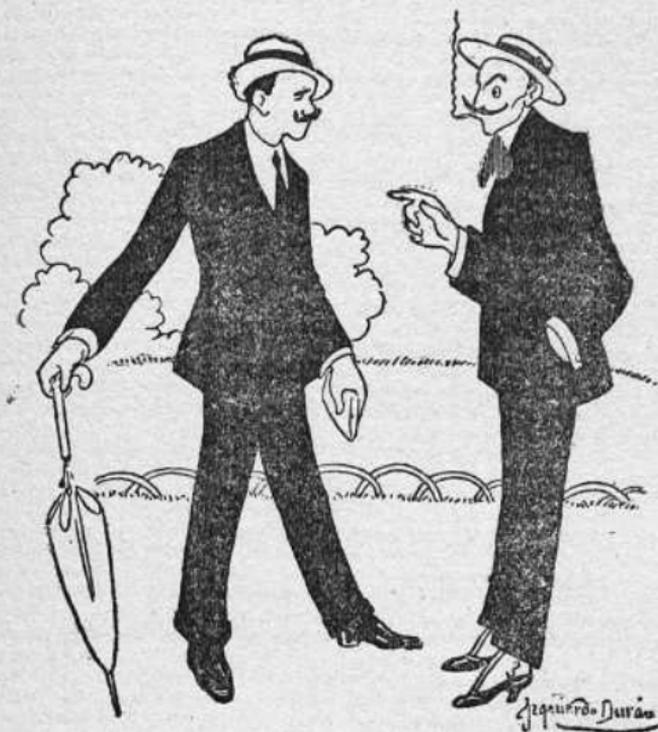
—¿No sabes que soy escritor *festivo*?

—¡Ah!

Me dieron intenciones de matarle.

Pero le dejé vivir, al pensar que en ese

caso no podría satisfacer la curiosidad que en aquel momento hacía en mí idéntica operación que la pulga más encarnizada.



No sabía cómo «entrarle», que dicen los toreros.

Al fin me decidí.

—¿Estás sólo?

—No. Estoy contigo.

—¿Y tu colaborador?

Mi pregunta fué para Colás algo así como un ciclón.

Una nube ensombreció su vista.

Tras de la nube vino el agua.

Sus ojos se humedecieron.

Yo, entonces, comprendiendo que para los chaparrones del dolor no hay mejor paraguas que el silencio elocuente, callé.

Cuando pasó el chubasco volví á interpe-
larle:

—¿Acaso á estas horas es un muerto?

—No. Es un vivo.

—Si no te explicas..

—Varía el disco y elige otros temas.

—No temas—le dije sintiéndome conta-
giado. Y obedecí. Pero de mala gana. La pul-
ga de la curiosidad arreciaba en su ataque.

A la hora de cenar nos despedimos y me
dirigí á casa.

Arroz con cangrejos era el primer plato.

No pude cenar.

Un desasosiego torturador me lo impedía.

Tomé un cangrejo y me marché al teatro.

En el saloncillo no se hablaba de otra

cosa.

—¿Le has visto?

—Sí.

—¿Solo?

—Completamente.

—¿Qué le habrá pasado?

—¡Vaya usted á saber!

—Algo muy grave debe haber sido.

—¡Y tan grave! Cuando va sin Canuto...

Nadie presumía cuál fuera la causa de tan extraña separación.

—Aquí hay «lío». Y «lío» gordo—pensé.

—Es necesario descubrirlo.

«El Coco» juró no descansar un momento hasta averiguarlo, con el sano propósito de contárselo después á todo el mundo.

Los «reporters» gozamos mucho con estas cosas, porque nos proporcionan la satisfacción inmensa de cumplir con una de las misiones más esenciales que parece tener el periodismo en la actualidad:

En unión del dibujante, por no perder la costumbre, parto veloz.

—¿Dónde vamos?—pregunta Izquierdo

—A ver si podemos sacar algo de Mantequilla—le respondo.

—Ya comprendo. Se trata de visitar alguna tienda de comestibles.

No le hago caso. Y seguimos.

Un cuarto de hora más tarde nos hallamos en la puerta de su casa.

Nos sale á abrir un criado.

Pasamos.

En el recibimiento otro criado nos despoja de bastón y sombrero.

— ¿No sirven ya al señor aquellas muchachas pequeñitas que había antes?—interrogo.

—No—contesta uno muy serio. El señor no quiere más criadillas en su casa.

Colás ha salido. Aprovechamos su ausencia para interrogar á la servidumbre.

Sabedores de que para abrir el arca de la locuacidad doméstica nada mejor que una llave de plata, deslizamos un duro entre las manos de aquellos que nos habían recibido:

Efectivamente. El recurso es infalible.

Poco tardamos en saberlo, si no todo, lo más importante.

El resto, mi acreditada penetración y mi perspicacia indiscutible lo reconstituyen por medio de las socorridas deducciones *conon-doylescas*.

La causa de todo ha sido (¿cómo no?) una mujer.

Su ojo negro (conviene advertir que es tuerta), su pierna derecha torcida, sus manos que parecen dos resmas por lo desarrolladas, trastornaron—¡quién lo pensaral— el juicio perfectamente equilibrado del que

pronto ocupará uno de los masculinos sillones de nuestra Academia, pues tiene para ello méritos bastante mayores que muchísimos de sus futuros compañeros de poltrona.

Nada tiene que envidiarles.

También él hizo reír innumerables veces con sus literarias producciones.

Reanudemos el hilo de esta historia.

La Dulcinea cuyas prendas personales más salientes acabo de enumerar, pertenecía al honrado servicio doméstico.

Mantequilla, el insigne, ante la vista deliciosa de tales prendas, prendóse de ella.

No pasó inadvertida para la muchacha la favorable impresión que su presencia causara en el ánimo del señorito. Los ojos de éste fueron el heraldo de su pasión.

Pronto halló la correspondencia.

Y la cándida paloma tuerta, que no había visto el mundo más que por un agujero, cayó en las redes de Cupido, para no levantarse jamás.

La boda iba á celebrarse muy pronto.

El pensaba estrenar una cosa que tenía entre manos desde que comenzaron las relaciones. Este estreno era necesario para aprontar recursos.

Pero ¡ay! la felicidad es un débil castillo

de naipes que se derrumba al primer soplo.

Y el que actuó de fuelle en esta ocasión fué ¡pásmense ustedes, porque se van á quedar fríos! su colaborador.

La novia que era de Mantequilla, derritiose al calor de las palabras de Canuto, práctico conquistador de doncellas á quien se conocía vulgarmente por el «terrible Pérez», y la pobre, demostrando al fin la debilidad de su sexo, acabó por aceptar la merienda con que aquél le brindaba.

Comiendo una ración de embuchado encontrábase al ser sorprendido por Colás.

Lo que ocurrió después no hace falta referirlo. El curioso lector lo supondrá.

El estado de Canuto aseguran que no es muy bueno.

Por hoy creo haber dicho bastante para descubrir este importantísimo secreto, que ya lo dejó de ser gracias á mi oportuna información.

¿Que con ella se han de originar grandes y justísimos disgustos, y, lo que es aún peor, el descrédito de una persona tan digna de estimación como Mantequilla?

¿Eso qué importa al «reporter»?

La cuestión es pasar el rato.

Estos chismes teatrales, y otros que no

son teatrales, constituyen una de las notas más importantes para la mayoría de los periodistas, que, como yo, gozan mucho con estas cosas.

*
* *

Poco antes de entrar en máquina la presente información, me dicen que la partida de Canuto se conoce ya en todo Madrid.

No me choca. Lo mismo suele ocurrir con todos los chismes de bastidores. No por eso dejo de publicarla. Tendría que inventar otra para llenar estas columnas.

¡VAYA CALORI

Las mujeres de candela

El termómetro marcaba los cuarenta grados á la sombra.

El sol nos tenía quemados.

El aire se hacía irrespirable.

Era martes. ¡Día aciago! ¡Día fatal! ¡Día de información!

—Izquierdo, esto es irresistible. ¡Qué modo de sudar!

—Dímelo á mi que estoy hace tres días sudando la gota obesa. Mira.

Me da un pañuelo que yo examino detenidamente.

Está empapado en sudor. Procede de una liquidación forzosa.

—Yo no puedo seguir así. Hay que tomar una determinación.

—Lo que hay que tomar es alguna cosa refrescante.

—Dices bien. ¿Dónde vamos?

—Aquí mismo.

Nos metemos en una cervecería de la calle de Alcalá.

Al sentarnos junto á una de las mesas marmóreas que hay en el establecimiento, noto con extrañeza que el cigarro de Durán está apagado.

—¿Es posible?—exclamo advirtiéndoselo.

—Ya lo ves.

—Por medio del correspondiente encendedor automático pretende encenderlo una, dos, cuatro, veinte veces. ¡Todo inútil! Izquierdo se desespera.

—¡Tiene gracia esto!—dice—. Todo echa lumbre menos el encendedor.

En tal instante llega un caballero muy incomodado. Viene echando chispas.

Gracias á él, mi compañero acaba de fumar el cigarrillo.

Bato palmas. La camarera se aproxima con su andar menudo haciendo mover con ritmo sensual sus caderas ampulosas.

Es una real hembra de rasgados ojos y espléndidas curvas.

—¿Qué desean ustedes?—pregunta insinuante.

—Primero, saber la hora que es.

—Voy á decírselo.

La camarera saca un relojito del pecho, y tras un gesto de sorpresa se lo lleva al oído.

—¿Está parado?

—Sí.

—¡Qué rareza!

—¿Le extraña?

—Mucho. No comprendo que estando en ese sitio haya manillas que puedan quedarse quietas.

—¡Guasón! ¿Qué va á ser?

—Un chico.

—¿De limón?

—De lo que quieras.

—¿Y á usted?

—A mí tráeme una chica.

—¿Alemana?

—O española. Lo mismo me da. Siendo fresca...

A poco vuelve con el servicio; y en tanto destapa la chica, Durán y yo la interrogamos.

—¿Te llamas?...

—María Luisa.

—Nombre de reina.

—Efectivamente. Pero no lo soy.

—Pues mereces serlo por lo hermosa.

—Gracias. Es favor.

—Eres muy simpaticona.

—Y ustedes muy atentones.

—¿Atentones? ¡Ojalá!—dice Izquierdo tratando de competir con los rayos X por el descote de su blusa de seda, que nos permite ver en panorama delicioso el nacimiento de un pecho turgente y nívoo.



—Qué nacimiento para una Nochebuena ¿verdad?

—Cierto.

Breve paréntesis contemplativo y comienza la *interview*.

—Oye, ¿es bueno el oficio de camarera?

—¡Ay! No, señor. ¡Si viera usted lo que tiene una que moverse para servir á todos!

—¿De qué vivís?

—De las propinas.

—¿Sacáis mucho?

—Según. Eso depende de la simpatía, de la belleza... y de la «coba» de cada cual.

—¿También tenéis que dar «coba»?

—¡Uy! Ya lo creo.

—¿Y eso, en qué consiste?

—En hacerle creer al parroquiano que no nos es indiferente, por medio de miradas retadoras, suspiros entrecortados y conversaciones intencionadas. Esto último sobre todo. La charla es nuestro principal elemento.

—¿Y todo por ganar cuánto?

—¿Otra vez? ¿Va usted á ser mi administrador, ó qué?

—Eso quisiera.

—Pues, mire usted; yo salgo todos los días por dos duros.

—Lo mismo me ocurre á mí—replica Izquierdo Durán—. También yo salgo todos los días por dos duros. Lo único que me pasa es que no los encuentro.

—¿Cuántas horas son las que tenéis de servicio?

—¿Nosotras? Doce y pico.

—¡Caracoles! Las pasaréis á disgusto.

—¿Figúrese usted? Echando café la mayor parte del tiempo.

—Ahora será cerveza lo que más se despache.

—Sí.



—A propósito. Ya que se ha acabado la que me sacaste, tráeme un tercio.

—A escape.

Aprovechando la breve ausencia de María Luisa, hablamos con sus compañe-

ras. Estas son: Mariquita, Esperanza y Ramona.

—¿Cómo las encuentras?

—Las tres en punto.

—Dan la hora, ¿eh?

—¡Vaya que sí! Al lado de éstas «las tres gracias» de Rubens me resultan...

—Lo que á mí. ¡Pocas gracias!

—¡El que venga á refrescar con estas socias se ha lucido!

—En efecto. Sale uno de aquí echando lumbre.

—Como que son mujeres de *candela*.

Es Mariquita la primera en contestar á nuestro interrogatorio.

—¿Cuántos novios tienes?

—Me basta con uno.

—¿Nada más? Las hay que no se conforman...

—Serán unas *ansiosas* seguramente.

—A mí me habían asegurado que tenías varios al retortero.

—Eso sí. Pero los desprecio á todos.

—¿Y no se ha suicidado ninguno?

—Hasta la fecha no. ¿Por qué lo dice?

—Porque debe ser muy triste para un hombre verse despreciado por Mariquita.

—No lo crea usted. Todo es acostumbrar-

se. Algunos de ellos vienen diariamente y no les ocurre nada.

—¿Y tú, Esperanza?

—Digo lo mismo que Maruja. Uno y no más.

—¿Le quieres mucho?

—¡Claro! Si no fuera así no hablaría con él.

—¿Es chulo?

—No, hijo. Señorito y muy delicado. Tanto que, aunque es joven y bien parecido, no quiere hacerse ilusiones nunca, solo porque no puedan decir de él que *la esperanza le mantiene*.

—¿Y Ramona?

—Debieras llamarla *ramonísima*—exclama mi reproductor gráfico admirando la belleza de su rostro.

—Yo— contesta la interpelada—estoy vacante. Reñí con el mío, y fuera de aquí no trato con ningún hombre más que con mi cuñado.

La llegada de algunos parroquianos de la casa interrumpe el diálogo y disuelve la reunión.

Antes de salir Izquierdo me sorprende con un apunte de mi importante y popular personalidad entre ellas.

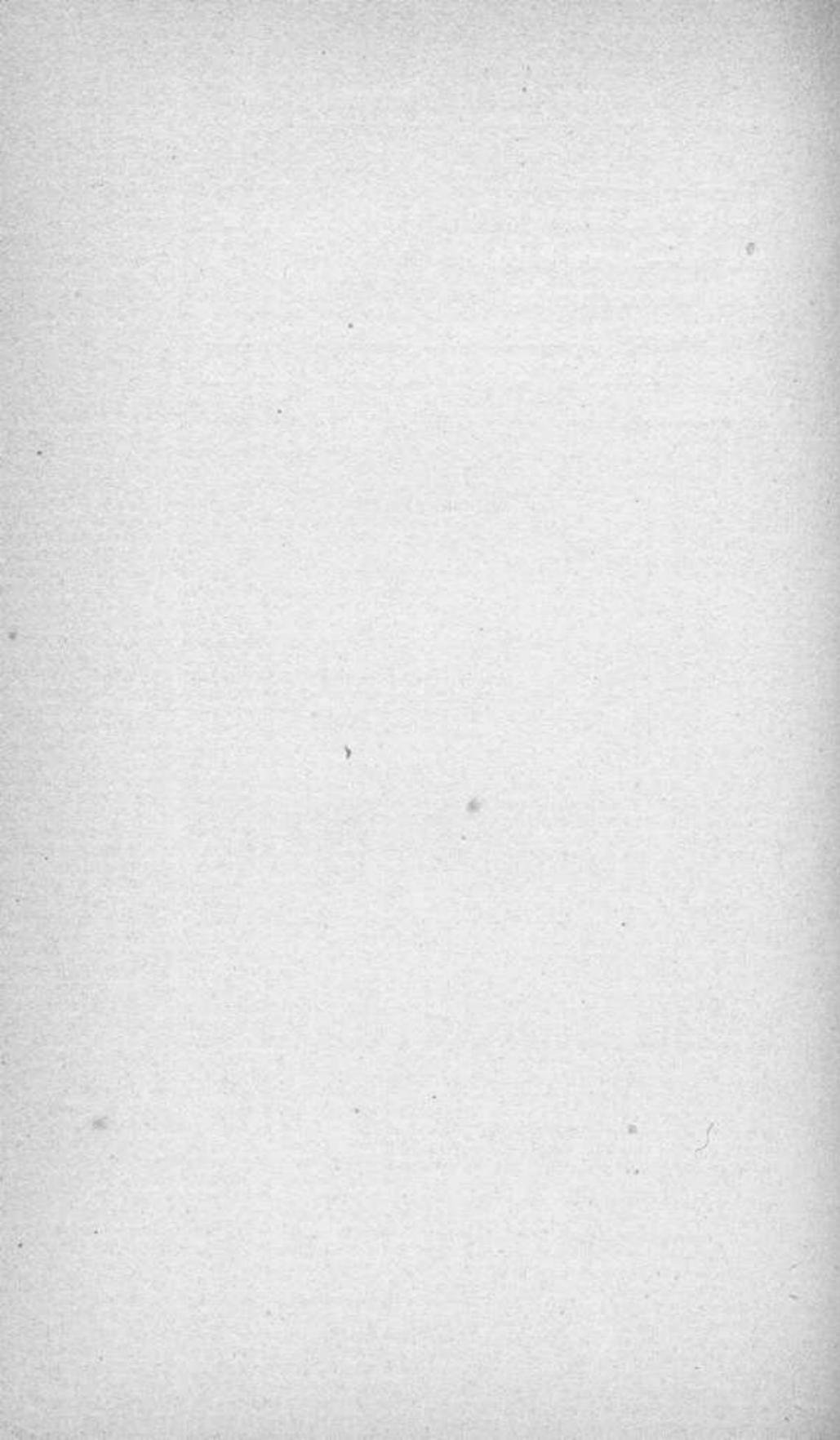
Ya en la calle.

—¿Qué es lo que más te gusta de las camareras?—le pregunto.

Y él me responde:

—Lo que llevan delante, ¿sabes lo que es?

—¿Cómo no? El bolsillo donde guardan los cuartos.



La bolsa de una señora perdida

Una de diez y ocho con excitación.—Es timo.—Cómo ocurrió la desgracia.—¿Dónde está la bolsa?—Cuestión de San Antonio.—¡A buscarla!—No está.—De viaje.—Se continuará.

Estábamos Durán y yo pensando dónde podríamos meternos para hacer la información de ritual, cuando un estrepitoso campanillazo puso en conmoción toda la servidumbre de mi domicilio.

Abrióse á poco la puerta del despacho, apareciendo en ella una muchacha que debía tener diez y ocho abriles y una terrible excitación nerviosa.

—¿Es usted «El Coco»?

—Servidor.

—Por muchos años.

—¿Qué deseaba usted?

—Venía á pedirle un favor muy grande.

—Usted dirá.

—Mire usted; lo que me pasa, es lo siguiente. Yo, desde que vine á Madrid, estuve siempre sirviendo (aunque me esté mal el decirlo), en casas muy buenas, de *postín*; ¿usted me comprende?



—¡Claro que sí! Yo lo comprendo todo.

—Bueno. Pues esta mañana salí á la compra como de costumbre, y al volver, vá mi señorita y me dice: Oye, Timo...

—¿Es ese su nombre?

—No, señor. Me llamo Timotea; pero la señora lo dice así para abreviar.

—Adelante.

—Pues va y me dice: Oye, Timo, hay que sacar dinero del Monte.

—Para eso—le dije yo—hace falta cartilla.—Sí. Toma.—Y me dió la bolsa donde la guardaba.

—Al salir me encontré en la calle con Colás, mi novio, que sirve al Rey en un regimiento de húsares y está muy contento, porque eso es lo que á él le gusta.

—¿Le tira la caballería?

—No, señor. Sabe montar muy bien.

—¡Ah!

—Hablamos de nuestras cosas. Empezó á decirme lo de tóos los días, que si me podía sacar algo; yo le dije que no, que tóo lo contrario es lo que tenía que hacer; pagarme lo que me debe. Le solté «cuatro frescas». Regañamos.—No me importa—dijo él.—Lo que me sobran á mí son mujeres. ¡Si supieras que más de media docena están por mí!...—Colás, ya lo sé. No me lo digas—le interrumpí.—Después me tiró un pellizco. En seguida hicimos las paces. Al llegar al Monte me dió un apretón. Busqué un kiosco. No lo había. Mi novio me llevó entonces á casa de una tía suya. Allí fué donde ocurrió mi desgracia.

En este punto la joven rompió á llorar.

--Consuélese la joven y prosiga. ¿Qué fué lo que le pasó?

—Nada; que salí á la calle con la tranquilidad del que se quita un peso de encima, y en el portal de mi casa fué donde noté que me faltaba algo.

—La bolsa, ¿verdad?

—¡Ay, sí señor! La bolsa y todo lo que llevaba dentro. Es decir, la cartilla. Imagínese usted mi situación. ¿Cómo me presento yo ahora á los ojos de mi señorita sin cobrar?

—No se apure. Parecerá.

—¿De veras? ¿Sabe usted dónde está la bolsa?

—¡Clarol! No tiene pérdida:

—Dios le ayude.

—Me ayudará. No se preocupe por eso. A mí me ayuda todo Dios.

—¿Cuándo vengo por ella?

—Dentro de tres días.

—¿Nada más? Gracias, señor «Coco».

—No hay de qué darlas.

Y se ausentó.

Al quedar solos de nuevo, Durán me interroga.

—¿La piensas buscar?

—Ahora mismo. Prepárate.

—Pero, oye: ¿es que todo lo que se pierda nos lo vamos á encontrar nosotros?

—Calla y vete á buscar un coche.

—Al punto.

Mientras el vehículo rodaba vertiginoso, mi compañero y yo sosteníamos dentro el diálogo siguiente;

—De manera que vamos...

—A ver á la tía de *marràs*. Es preciso practicar un reconocimiento en la habitación donde la pérdida se ha efectuado.

—¿Y si nos dicen que allí no está y nos mandan á la Porqueriza, ó á Loeches? ¡Vaya usted á saber!

—¡Ah! Pues nos iremos. Ante todo somos periodistas.

—¿Y de cuándo acá fueron los periodistas encargados de hacer que parezca lo que se pierde? ¿No es eso cuestión de San Antonio? ¿A qué quitarle la parroquia?

—No digas estupideces. El periodista debe hacer todo lo que dé motivo para una información interesante y ruidosa.

—¡Ah! ¿Pero va á haber ruido?

—Probablemente.

—Entonces tendré que irme.

—¿Por qué?

—Porque me duele mucho la cabeza.

Llegamos. Subimos. Llamamos. Una criada sale á abrir. Al saber la misión que allí nos conduce, se niega terminantemente á recibirnos. Pero mi persuasiva elocuencia surtió, como siempre, los maravillosos efectos que deseaba, y merced á ello pude practicar un escrupuloso registro en el desagradable lugar de la ocurrencia. Revolví los papeles, escudriñé por los rincones, ¡y nada! ¡Todo inútil!

—Aquí es menester abrir el ojo—dijo Izquierdo.

—Tienes razón—le contesté.—Debe haber gato encerrado.

—Sí. A mí no me huele bien esto.

—Ni á mí tampoco.

Interrogué á la dueña de la casa.

—¿Estuvo aquí alguien después?

—Sí, señor. Mi marido.

—¿Y no le vió usted la bolsa?

—No, señor.

—Es extraño. ¿Está aquí él?

—Salió hace un momento á un recado.

—¿Cerca?

—Sí. A Bobadilla.

—¡Caracoles!

—Fué en busca de una sobrina, muy guapa por cierto, que vive allí.

—¿Guapa, eh? La querrá mucho.

—Muchísimo. ¡Como que le tiene embobado!

—¿Y ella está en Bobadilla?

—Sí, señor.

—No hay más que hablar. Ya estamos en la pista.

—¿No será para hacer el tonto?



Diez minutos después nos encontramos en un tren de mercancías, camino de Córdoba, la Sultana.

Cuando llegamos á Bobadilla era ya tarde.

Según supimos por el guarda-agujas, que nos hizo un entusiasta recibimiento, el tío y la sobrina acababan de salir con dirección á Linares.

No crean ustedes que esto nos contrarió. Al revés. Para nosotros fué una satisfacción no pequeña, pues de este modo la información adquiriría las proporciones extensas que los grandes acontecimientos requieren, dándole mucha más importancia.

La esposa del guarda-agujas, que es modista (sin duda para aprovecharse de la profesión del marido, las mujeres están en todo), nos obsequió con una suculentísima merienda. Había allí comida para un regimiento.

Así que el férreo convoy inició su marcha, metimos mano á las chaletas inevitables, cuya abundancia extraordinaria causó en nosotros la natural sorpresa.

Al cabo de dos horas estábamos en La Tortilla. Tal es el nombre de un apeadero existente junto á Linares.

Tampoco en este punto hallaron término feliz nuestras andanzas reporteriles.

Un mozo de cuerda, despreocupado como todos, se echaba el mundo á la espalda cuando le abordamos.

—Acaban de salir para Priego—nos dijo. Y nosotros le creímos, porque al pedir informes del «Juanete» (así le llamaban los compañeros) nos aseguraron que, no obstante su fealdad y menguada estatura, era un *buen mozo*.

—Ahí tienes—dice Izquierdo al embarcarnos por tercera vez.—¡Qué cosa más rara! Un «Juanete» que no hace daño.

—En efecto. No nos podemos quejar.

El reptil monstruoso arrastra por los rieles su pesado abdomen y rendimos culto á la diosa Charla.

—Oye, «Coco»: ¿en Priego qué piensas hacer?

—Buscarlos. ¡Vaya una pregunta!

—¿Y si resulta que tampoco están?

—Aprovecharé el tiempo que estemos allí para retratarme con el alcalde, el sacristán, el veterinario y demás personalidades que garantizarán así mi paso por la localidad.

—¿De manera que es preciso enjaretar una información de Priego?

—Sí.

—Eso no va á poder ser.

—¿Por qué razón?

—Porque si hacemos una información de

Priego vamos á pasar de las dos páginas que es lo convenido.

—Calla y duerme.

Se detiene la locomotora. Para el tren. Hemos llegado.

¿Estarán?

En el número próximo lo sabrán ustedes.

Su vida en la bolsa

¡Piii!

Silba la locomotora.

¡Por fin vamos á encontrarlos!

Estamos en Priego.

Al dejar el tren comenzamos las investigaciones con diligencia, á fin de satisfacer lo más brevemente posible la ansiedad archidespampanante que esta información ha despertado en mis infinitos lectores.

Llegamos á la fonda.

Pido el registro de entrada. Creyéndome de la policía me lo dan.

—¡Ah!—exclamo con regocijo apenas principiado su examen.

El lanzamiento de esta exclamación tan expresiva obedece al hallazgo de dos nombres que aparecen unidos y pertenecen cada uno á un sexo.

—Aquí está el tío «de marras».

—A ver si marras—me dice Izquierdo—
mira que eres en la actualidad el blanco de
todas las atenciones.

—¿Marrón siendo blanco? No puede ser—
le respondo.



—Señor fondista, ¿sería usted tan amable
que me quisiera decir si estos señores ocu-
pan la misma habitación?

—Creo que sí.

—¿Cuántas camas tiene la habitación
esa?

—Una.

—¿Entonces duermen juntos, ¿no es cierto?

—¡Claro!

—Lo cual indica que se tocan algo.

—Seguramente.

—Son el tío y la sobrina. No cabe duda. Nos hacemos conducir á su cuarto. ¡Terrible decepción! No hay nadie.

Según nos dicen luego, hace dos horas y media que marcharon decididos á tomar el tren.

—¿Van solos?

—No, señor. Con dos maletas.

—Llevarán ropa.

—Hoy, sí. Mañana ¡vaya usted á saber!

—¿Teme usted que los roben?

—No. Pero como van á torear...

—¿Quién? ¿Ellos?

—Naturalmente.

—¿El tío y la sobrina?

—No, hombre. El «Medio chico» y el «Mellao»; los dos *maletás* que salieron en su compañía.

—Podía usted haberlo dicho antes.

—Ya se lo dije.

Indignados por el tiempo perdido en tonto con el diálogo precedente, abrimos paso á las reflexiones.

—¿Por qué habrán abandonado Priego tan pronto?

—¡Cualquiera lo adivinal! Lo positivo es

que se fueron y que hay que dejar el pali-
que para tomar una resolución.

—Lo que hay que dejar si se han ido es
otra cosa: es Priego.

—Tienes razón. Partamos.

Veloces nos dirigimos á la estación.



Antes de sacar el billete preguntamos al
dependiente que estaba en la ventanilla si
recordaba haber despachado á un señor al
que acompañaba una joven.

—Sí—nos contestó.

—¿Les oyó usted decir algo?

—Que tenían muchas ganas.

—¿De qué?

—De llegar á Mingorría.

—Ellos son. En marcha.

A las ochenta y cuatro horas estábamos en Madrid tomando el tren que había de llevarnos junto á la perseguida pareja.

El vagón que ocupamos era de primera.

Las señoras que por suerte nos tocaron al lado, eran de primera también.

—¡Cuánto tarda en arrancar!

—¡Y con la prisa que tenemos!

—No te apures. Ya verás cómo salimos en seguida.

En efecto. Poco después salió el tren pitando.

Al pasar por Pozuelo nuestras lindas compañeras de viaje adoptan la posición horizontal, sin preocuparse para nada del abandono en que dejan sus elegantes y vaporosas vestiduras.

Debían estar ya acostumbradas al movimiento, por cuanto á pesar del continuo vaivén quedáronse inmediatamente sumidas en profundo sopor.

—¡Esto nos faltaba ahora!—exclama Durán—Dormidas. ¿Qué hacemos?

—Dejadlas que descansen y entretenerse en admirar los prodigiosos encantos del panorama.

—¡Sí que es hermoso!—añade, abriendo

los ojos desmesuradamente, dedicado por entero á la contemplación.

Yo hago lo propio.

En un principio nada notable, realmente, se ofreció á nuestra vista.

Por fortuna el viento hacía más agradable nuestra tarea de observación.

Viendo que la proximidad de Izquierdo es cada vez mayor.

—¿Qué haces?—le pregunto. Este abstraído, tarda en contestarme.

Esperando la respuesta estoy, cuando el tren se para y una voz, desde fuera, grita:

—¡Las Rozás, un minuto!

Transcurrido tan breve plazo vuelve el tren á ponerse en marcha y torna el viento á hacer de las suyas.

Nuestras pupilas, amadoras constantes de la estética, prosiguen escudriñando el paisaje, en pos de un sitio que tenga algo de bello.

Al cabo ¡oh, delicia! damos con él.

Nos detenemos.

Habíamos llegado á Las Matas.

Paramos poco.

En seguida nos pusimos en movimiento.

A partir de aquí no ocurrió nada digno de ser mencionado.

Nuestras cabezas abandonaron su posición natural para caer rendidas por el sueño.

En sus regiones ideales, la fantasía nos hizo creer por un momento que estábamos acompañados de princesas altivas, dueñas y señoras de alcázares suntuosos.

¡Cuán fugaz y deleznable es la ilusión!

El ruido de una campana bastó para destruirla, obligándonos á volver á la realidad dura y triste.

Nos hallábamos en Las Zorreras.



No pasaron de aquí nuestras dos compañeras de vagón.

Solos, pues, llegamos á Mingorría.

—Oye—me dice Durán al apearnos—

¿y si se les ha ocurrido marcharse á la China?

—Iremos á ver lo que hay allí.

—¡Naranjas!—replica con avidez haciendo una expresiva señal de negación.

—¿Cómo orientarnos?

—Pregunta á cualquier mingorrino—apunta Izquierdo.

—Eso no tiene mérito. Es menester descubrirlos sin otra ayuda que la de nuestra sagacidad y perspicacia.

—Por allí vienen un hombre y una mujer.

—¿Serán ellos?

—Sí; ellos son.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira su cara.

—Se puede dar por ella cualquier cosa.

—Y lo que cuelga.

—¡Córcholis! Es verdad. La bolsa.

—Calla. Vamos á seguirlos para ver donde se meten.

—Bien pensado.

Valiéndonos de los transeuntes y otros obstáculos para ocultar nuestra persecución, llegamos á la casa en que se alojan.

El efecto que nuestra visita les produjo fué ndescriptible.

Cuando les dijeron que estaba allí *El*

Coco se llevaron un susto de padre y muy señor mío.

Al saber el objeto de mi visita se tranquilizaron.

—¿De manera que usted quiere?...

—La bolsa y la vida.

—¡Caracoles! No es usted nadie pidiendo.

—Lo digo así porque esa bolsa es para su dueña la vida entera. En ella va lo que constituye toda su fortuna.

—¿Sí?

—¿No encontró usted dentro una cartilla?

—¡Y un cuerno!

—¿Eh?

—Un cuerno pequeñito de marfil.

—Será un amuleto.

—O un símbolo.

—¿Quiere usted dármelo?

—¿Para qué?

—Para devolvérselo á la persona interesada.

—¿Será entonces una mujer, verdad?

—Ciertamente.

—Lo suponía. Las mujeres son siempre interesadas. Y usted, ¿á título de qué viene á pedírmelo?

—A título de salvador de un hogar. Se

trata del Monte... de damas... Y esto, como comprenderá, no es cosa de juego.

—Para mí sí. Sobre todo las damas. A eso no hay quien me gane.

—¡Qué cínico!

—Oiga usted. Cuidado con la lengua, porque como vuelva á decir que soy de zinc es fácil que cobre.

—¿Yo? Eso se vería.

—¿Se vería? No. Se verá.

—¿Dónde?

—En Madrid. Aquí no puede ser porque no tengo piezas ni tablero.

—¡Ah! ¿Pero se refería al juego de damas?

—¿A cuál me iba á referir? Ya lo sabe usted. Queda desafiado.

—No hay inconveniente. Mediremos nuestras fuerzas con las damas si usted lo desea.

—Las mediremos.

—Pero antes he de advertirle que para eso necesito llevar una cosa.

—¿El qué?

—La bolsa.

—Ahí va.

Y me la dió.

Ya puede respirar tranquila esa pobre

muchacha que confióme la salvación de su vida al encargarme de poner la bolsa en sus manos.

Puede venir por ella cuando quiera.

La tiene á su disposición.

Un pastor que trae á España mucho ganado

Pastor en el barco.—Pastor en
tierra.—Pastor en el hotel.—Pastor
en el tren.—Pastor en la estación.
—Pastor en la calle.—Pastor en su
casa.—Pastor en la sopa.

Lo primero que hicimos al llegar á la Co-
ruña fué apearnos del baul con asientos que
hasta allí nos condujo y encaminarnos hacia
el puerto.

Un pescador nos detiene.

—¿Van ustedes á esperar á Pastor?

—En efecto.

—Si me convidan yo les dejaré en el si-
tio...

—¿Eh?

—Donde ha de desembarcar.

—No hay inconveniente. ¿Qué quiere us-
ted tomar?

— Un vaso de caña. Es lo que bebo.
 — ¿Y no pesca usted ninguna *merluza*?
 — ¿Pescar merluzas con caña? Nunca lo he visto.

Entramos en un establecimiento de bebidas. Mientras nos sirven le interrogamos:



— ¿Qué clase de pescado coge?
 — Barbos.
 — Entonces, ¿es usted *barbero*?
 — Sí. También suelo sacar alguna *raya*.
 — Barbero y peluquero. Es natural.
 Llegamos al muelle, encontrándolo materialmente invadido por la muchedumbre cu-

riosa, que aguardaba impaciente la llegada del diestro triunfador.

Deseando saber noticias del vapor que le conduce, preguntamos:

—¿Y el *Champagne*?

—Vino—nos contestan.

En efecto, allí estaba.

—A ver: un bote—exclamamos.

Minutos después nos hallabamos sobre la cubierta del vapor en que viajaba el «ex-chico de la Blusa».

Trabajo nos costó dar con su persona.

Al fin pudimos lograrlo.

Una modesta gorra cubría la cabeza del divino Pastor, gorra que á nuestra imaginación fantástica y calenturienta parecióle nimbo de luz gloriosa.

El apiñado grupo de curiosos que le acosaba, disputándole las primicias del saludo, nos impidió la proximidad que deseábamos.

Al divisarnos el diestro nos tendió la diestra; pero debido á la inmensidad de gente que le rodeaba no pudo llegar á nosotros aquella mano que tantas veces había llegado al pelo.

—¿Qué tal, Vicente?—le preguntamos á voces. —¿Le ha mareado el *Champagne*?

—Un poquillo—nos contesta.—¡Como no estoy acostumbrado á los vapores!...

Esto fué lo único que pudimos hablar á bordo.

Casi en hombros fué transportado nuestro héroe á una lancha que le llevó al muelle.

Durante el trayecto salían de todas partes las aclamaciones y los saludos.

Hasta la mar, algo picada, parecía saludarle con orgullo. Ola por aquí, ola por allá... ¡qué espectáculo más soberbio!

Ya en tierra, Pastor metióse en un vehículo y se dirigió al hotel.

Allá fuimos también Durán y yo, dispuestos á no dejarle en paz ni un solo momento hasta no ver cumplida nuestra misión de contar á ustedes cuanto pudiera hacer el hombre del día á su regreso triunfal de América.

—¿Te parece que nos hospedemos aquí?

—Muy bien pensado.

Nos avistamos con el dueño del hotel.

—¿Tiene usted cuartos?—le preguntamos.

Entonces él, creyendo sin duda que se trataba de un vulgar *sablazo*, se va, dejándonos con un palmo de narices.

—¿Has visto?

No importa. De aquí no saldremos mien-

tras el Cid taurino se albergue entre sus muros. Es preciso hablar con él; vigilarle.

—Tienes razón. Manos á la obra.

Acto seguido, penetramos en la habitación que Vicente ocupaba.

Le encontramos bañándose.

—¿Pero es que no me van ustedes á dejar tranquilo?

—No, señor. Queremos conocerlo todo con sus pelos y señales.

—Ahora están á tiempo.

—¿Es verdad que viene usted harto de miuras?

—No. De lo que vengo harto es de *ver aguas*

—Dicen que tembló usted al ir á torear la corrida de Monterrey.

—Cierto. ¡Como que se esperaba que el tren en que íbamos fuese asaltado por los rebeldes, no sé si los «gomistas» ó los «made-ristas».

—¿Temía usted que se lo comieran?

—Hombre, no sé. Pero creo que no hubiera sido difícil porque á mí se me puso carne de gallina. Además que el asalto de una partida no es una partida de asalto.

—¡Claro que no!

—Quiero decir que no es cosa de juego.

- Comprendido.
 —¡Si vieran ustedes cómo pegan!...
 —¿Pegan mucho?
 —¡Ya lo creo! Sobre todo los *gomistas*.
 —¿Vió usted allí á Emilio?
 —Sí.



- ¿Y á su pareja?
 —También.
 —¿Le dijo ella algo del fuego de su pasión?
 —¿Del fuego? Nada. ¿No ven ustedes que siempre iba con *Bombar*?
 —Y de su enamoramiento de una tiple muy conocida, ¿qué?
 —Na. Es mentira.

—Hay quien asegura que se veían ustedes á todas horas.

—Eso, sí. ¡Como que vivíamos juntos!... Pero no pasó de la conversación natural.

—¿De modo que no hubo más que palabras?

—Nada más.

—¿Y corridas? ¿Cuántas ha toreado?

—Once.

—¿Pagadas?

—A cinco mil pesos cada una.

—¿Siendo así traerá usted á España mucho ganado?

—Bastante.

—¿Veinticinco mil duros?

—Por ahí, por ahí.

—¡Eso es ganar dinerol!

—¿Qué pases le gustan á usted más?

—Los del tranvía. ¡Se ahorra uno tanto dinerol!...

Ibamos á insistir en lo de la tiple; pero considerando que era peligroso y comprometido para él recordar cosas femeninas dada la situación en que se encontraba, decidimos ausentarnos un instante para volver cuando estuviera seco.

La afición coruñesa proyectó en seguida la celebración de un banquete monstruo en

honor suyo, al que asistiría casi toda la población.

—Va á ser un banquetazo—decían entusiasmados los organizadores. Pero tuvieron que desistir de tal propósito con harto sentimiento por su parte porque Vicente en cuanto supo que pensaban darle un banquetazo, ocultándose para que no le conocieran, salió de allí más que á escape con dirección á la villa y corte.

—Afortunadamente nosotros le reconocimos y marchamos tras él.

Ya en el interior del coche, Pastor se atrevió á descubrirse.

Nuestra presencia le produjo visible turbación.

—¿Aquí también?... ¡Ni que fueran ustedes mi sombral...

—Usted perdone. El deber...

—¿Pero es que tienen ustedes el deber de fastidiarme?... En fin, paciencia. Les suplico que no digan á nadie que voy yo aquí.

—Descuide.

Aprovechando el silencio que siguió á este breve diálogo, nos dedicamos á la atenta observación del héroe, con objeto de no perder detalle.

Pastor se sienta como todo el mundo. En

esto no ofrece variante alguna digna de mención. Tiene la costumbre de cruzarse de piernas de vez en cuando. Fuma cigarros de cuarenta y cinco y echa el humo por la nariz. Cuando siente frío se arropa con una manta de viaje que lleva al efecto. Habla poco. Escupe algo. No se asoma á la ventanilla ni por casualidad. Se lo veda el miedo á ser reconocido y aclamado en cualquier estación.

Todos conocen la excesiva modestia del espada y el horror que le inspiran las manifestaciones de entusiasmo y de las otras.

En su afán de sustraerse á la curiosidad pública, hubo instantes en que creímos que se iba á meter debajo del asiento.

Así llegó á Madrid.

Los pocos amigos que noticiosos de su vuelta le aguardaban en el andén, tuvieron que esperar á que saliera el último viajero para poder abrazarle.

Algunos se marcharon creyendo que ya no venía.

Apenas echó pie á tierra, las ovaciones se renovaron. Parecía que estábamos en la estación de Las Palmas.

Pastor, siguiendo su habitual costumbre, comenzó á protestar de aquello. Mas el Pastor protestante se hubo de aguantar y per-

mitir que le retratasen unos cincuenta ó sesenta fotografías que, en previsión de su llegada, dormían en la sala de espera desde tres días antes.

Como en la Coruña, alquiló un *simón* que le condujera á su domicilio, y como allí, no pudo evadirse tampoco de las demostraciones de entusiasmo, pues una multitud de chiquillos montados á la trasera lo fueron delatando con sus voces.

A poco un compacto grupo cercaba el carruaje imposibilitando su marcha.

—¡Viva Pastor!

—¡Viva!—se oía incesantemente.

—¿Pero qué es eso?—preguntaban algunos transeuntes ignorantes de la nueva sensacional.—¿Ha venido ya?

—Sí, hombre.

—¿Dónde va Vicente?

—Donde va la gente. ¿No lo ve usted?—les contestaban los enterados indicando la comitiva.

Frente al portal de su casa arremolinóse el barrio entero reclamando su presencia en el balcón.

Izquierdo Durán y yo subimos para sorprenderle, por último, en la dulce intimidad del hogar.

Pastor había empezado á comer y se hablaba en el primer plato: en la sopa. Por cierto que no la pudo acabar á consecuencia de su modestia exagerada.

¿Por qué? Ahí va la explicación como detalle curioso y demostrativo del entusiasmo loco que por el victorioso espada se siente.

La sopa, comprada á un tendero de la calle, pastorista acérrimo, era de letras: y éstas, al ser cogidas por Vicente con la cuchara para llevárselas á la boca, formaban, ¡oh, fatalidad!, un ¡viva Pastor!

«EL COCO» EN LARA

Benavente espiritista

A la bombonera. — Invocando á los espíritus. — Los concurrentes. — *Jafet.* — Es griego. — *Geb.* — Es un payaso. — ¡Maravilloso! — Se habla de *la Goya.* — Hay cruces. — ¡También garrotín! — *Geb no es Job.* — Los tres pier. — No apaga cerillas — Espiritismo arraigado. — No se quema. — Teión rápido.

Pasa un carruaje y le mando parar.

— ¡Cochero!

— ¿Dónde vamos?

— A la Corredera de San Pablo.

— ¿Alta ó baja?

— Baja. — Sube — le digo á Izquierdo. Este me obedece. Yo subo tras él.

Sopla un aire del Guadarrama que congela. El frío corta.

El vehículo parte.

Al llegar frente á «la bombonera» nos apeamos.

—¿Vamos á ver ahora *Puebla de las mujeres*?—me pregunta Durán.

—No. «Me dijiste que era fea...»

—¿Yo? ¡Mentira! ¿Cómo voy á decir eso cuando es la obra que más dinero dió á la Empresa en la actual temporada?



Interjecciono y le apostrofo, indicándole el cartel. Izquierdo lee entonces el título de la obra de Pérez y Pérez.

—Esto es para *perecer*—exclama confuso, comprendiendo que ha introducido una de las extremidades inferiores.

Me pide benevolencia. Yo le miro despreciativamente, pero le perdono.

Y entramos.

El portero me saluda respetuosamente quitándose la gorra. Me ha conocido. Otro tanto me ocurre con todo el mundo. No en balde aprovecho las columnas de la prensa para la exhibición continua de mi efigie.

—Don Jacinto Benavente, ¿está?

—Llegó hace un momento con su amigo Amado y otros dos.

Semejante contestación me hace suponer que el ilustre autor de *Lo cursi* se encuentra en el teatro. Le buscamos, y en efecto, allí estaba.

Mi penetración, acreditada tantas veces, no podía fallar.

—En este instante no se le puede ver—me dice uno de los meritorios que allí actúan.

—¿Dónde se halla?

—Encerrado en el cuarto de Alenza.

—Invocando á los espíritus, seguramente.

—Tal creo.

—Gracias. Corramos, Durán.

—Pero, oye—me interpela éste,—¿Benavente es también espiritista?

—¡Clarol! ¿No sabes que el espiritismo se ha puesto de moda, y entre los literatos cuenta ya con innumerables cultivadores y propagandistas?

—¿Es posible?

—Vas á verlo.

La pronunciación de esta frase coincidió precisamente con nuestra llegada á la puerta del referido cuarto, cuya apertura verificóse á poco.

Ante sus reducidas dimensiones nuestros labios modulan una exclamación de extrañeza.

—¡Oh!—digo yo.

—¡Ah!—dice mi compañero.

—Esto no es un cuarto; es un cuartillo—añado.

Durán dispara alevoso el siguiente chiste, tan malo como todos los suyos.

—Si de espíritu se trata, natural es que busquen un cuartillo.

El cuadro que se ofrece á nuestra vista no puede ser más interesante.

El insigne Benavente, Enrique Amado, Delgado, el hijo de Sinesio y del Pino, vástago de la primera actriz Joaquina, aparecen en torno de un velador, en el que apenas si se apoyan sus manos, juntas todas por las yemas de los dedos meñique y pulgar.

Toman también parte en la sesión de espiritismo los actores Muñoz y Barraycoa y la popular tonadillera Aurora M. Jauffret.

Los espíritus, al ser invocados por D. Ja-

cinto, comienzan á llegar. El primero en acudir es Jafet.

¿Que cómo nos hace saber su nombre?

Muy sencillo.

Por medio de golpes.

Los espíritus, al igual de las codornices, se expresan así.

Le llaman.

—¡Jafet!... ¡Jafet!...

—¡Vaal!...—responde Romea que llega en aquel punto, ahuecando la voz como si fuera un camarero de quien hubiesen demandado un servicio.

La broma no obtiene el éxito que su autor esperaba.

A los espíritus no se les puede hacer ningún chiste.

¡Dichosos ellos!

—Este espíritu—dice Benavente—debe ser griego. Lo mejor es dejarle. No le vamos á entender.

Y Jafet se va sin despedirse.

Pronto llega otro á sustituirle.

—¿Quién eres?—le pregunta D. Jacinto, que es el que lleva la voz cantante.

El velador principia á dar golpes, que se perciben claramente, debido al silencio sepulcral que reina en la estancia.

Cesa la tunda.

Es Geb.

Inmediatamente después el mueble misterioso inaugura una serie no interrumpida de saltos y cabriolas.

Benavente saca en consecuencia que es un payaso, y aconseja no hacerle caso alguno.



Esto no obstante, es sometido á un interrogatorio vario y prolijo; interrogatorio que contesta Geb con la paciencia de Job, satisfaciendo la impertinente curiosidad de todos escrupulosa y puntualmente.

—Geb, ¿qué hay aquí? —le preguntan.
Y él contesta:

—Talento.

—¿Quién?—vuelven á interrogarle.

—Benavente—responde el espíritu.

¡Sorprendente! ¡Maravillosos! ¡Hasta en las ignotas regiones de lo incorpóreo cuenta ya con admiradores el colosal D. Jacinto.

Luego se habla de *la Goya*.

¡Y, cosa rara!, al preguntar á Geb «¿te gusta?», el espíritu guardó con su inmovilidad el más absoluto silencio.

Como es de suponer, esto produjo en la bellísima Aurora el consiguiente enfado.

—¿Habrás visto?—se decía.

Preguntósele además si sabía lo que era. Geb comenzó trabajosamente á deletrear la primera sílaba.

—Cu...

—¿Qué más? Acaba.

—¿Cupletista?—insinuó Benavente.

¡Todo inútil! El espíritu no pasó de ahí.

—Indudablemente el servicio de comunicaciones espirituales deja tanto que desear como el de teléfonos. Ninguno de los dos es muy católico. ¿Verdad, Izquierdo?—dije á mi acompañante en voz baja.

—No lo creas—me contesta éste.—El de-

fecto principal de uno y otro es ese precisamente: que son demasiado católicos.

—No veo la razón.

—Porque hay *cruces*. ¿No lo estás viendo? Quedo anonadado. La voz de Benavente me vuelve á la realidad.

—Ya les dije á ustedes que no hay que hacerle caso. Es un saltimbanqui. Y si no lo van ustedes á ver.

—Geb... espíritu amigo... si de verdad lo eres, canta conmigo el garrotín.

La última palabra, cual si fuera un conjuro mágico, nos hizo estremecer.

—¡Horror! ¡Ni en las sesiones de espiritismo se libra uno del garrotín empecatado!

Don Jacinto empieza á tararear en voz baja la introducción:

¡—Tran!... ¡tran!... ¡tran!...

Y el espíritu misterioso, empleando como siempre los golpes del velador, prosigue acompasadamente:

—Tararán... tararán... tararán...

¡Prodigioso! ¡Verdaderamente prodigioso!
¡Oh poder invencible del baile español!

A continuación Geb, demostrándonos que no le gusta mucho el papel de Job, increpa á los allí reunidos, obsequiándoles con dos piropos de subido color.

Sin embargo, continúa contestando á todo lo que le preguntan, prestándose además á algunos curiosos ejercicios de adivinación, que ejecuta con perfección increíble, acertando el número de los concurrentes al acto y otras varias cosas más.

Le hacen subir una escalera.

—¿Hase visto?—me dice Durán lleno de asombro y estupefacción.

—¡Qué de prisa subel

—¡Como que tiene tres pies!

—Según nos manifiestan más tarde, este es el número de pies que todo velador debe tener para semejantes experimentos.

—¡Qué rareza!—exclamo yo.

Y Durán añade:

—Eso es gana de buscarle tres pies al velador.

—Oiga usted, D. Jacinto—preguntó uno, —¿me apagaría el espíritu esta cerilla si se lo mandara?

—No sé—contesta aquél.—Pero seguramente la tendría usted que apagar antes de que viniera si no quería quemarse los dedos.

Con esta sesión el espiritismo quedó arraigado en la compañía de Lara, encontrando dos de sus más fervientes devotos en Muñoz y Barraycoa, los cuales se pasarán en ade-

lante las horas muertas, como otros muchos, en busca de un velador de tres pies. Así nos lo hace suponer la extraordinaria alteración de nervios que la sesión espiritista les produjo, tan extraordinaria, que casi no acertaban á hablar cuando poco después tuvieron precisión de salir á escena.

Tengo por seguro que el velador les desvela.

Durán y yo hablamos al salir de lo que han abusado del pobre Geb y de su extraordinaria sumisión.

—Qué paciencia, ¿verdad?

—Sí—me responde Izquierdo.—Pero con eso nos demuestra que es un espíritu muy malo.

—¿Pcr qué?

—Porque *no se quema*.

Telón rápido para evitar contusiones.

Haciendo la rueda á la Escabechadora

Luz.—No veo «El fresco».—A
buscar á Izquierdo.—El punto de la
media.—En Villapelona de Abajo.
Idilio interrumpido.—A la cárcel.—
Hablando con el carcelero.—Melón
que se cala.—¡La metimos!—D atos
interesantes.—Las armas de Filo.—
Lamueta llegó.—Careo seguro.

En cuanto llegaron á Madrid las primeras noticias de este crimen verdaderamente monstruoso, cuyas figuras principales, de repugnante relieve, procuran rodear de sombra y de misterio con la ambigüedad de sus declaraciones, aferróse á mi imaginación la idea de utilizar mis servicios excepcionales y únicos con el fin de prestar un doble servicio que la humanidad y la justicia tendrán que agradecerme. ¡Ah, sí!

Hallábame en Apolo viendo *El príncipe Casto*, cuando llegó á mí el primer informe.

—¿Qué es aquí preciso para colaborar en la delicadísima misión de los jueces, contribuyendo á que ésta sea lo más acertada posible?—me pregunté en el acto.—Luz, ¿no es eso? Mucha luz.

Y salí en el entreacto.

—¿No se queda *usté* á la otra sección?—preguntóme uno de los acomodadores.—Va *El Fresco de Goya*.

—Lo siento en el alma—le contesté,—pero esta noche no puedo quedarme al *Fresco*. Adiós.

Abandoné el coliseo precipitadamente y me fuí derecho á casa de Izquierdo. En compañía suya dirigí mis pasos hacia la estación, obsesionado por la idea de buscar luz á todo trance, y para lograr mi propósito tomé un mixto, el que debía salir de Madrid al señalar el reloj del andén las once y media en punto. Y, en efecto, por esta vez pudimos admirar la excelente moralidad que reina en el servicio, pues la partida verificóse antes que la manilla pasase del punto de la media.

Dos horas más tarde, el imprescindible Durán y yo nos encontrábamos en Villapeñón de Abajo, lugar de acción en la espeluznante tragedia de la *Escabechadora*.

En la calle del Espejo, primera calle que el viajero halla al apearse del tren, sorprendimos una pareja amorosa que maldito si se preocupaba de la luna, la cual les ofrecía un cuarto, por cierto el más á propósito: el creciente.

El desconocimiento absoluto de la población, y la necesidad apremiante de comenzar en seguida nuestra informativa tarea, nos obligaron, pecando de inoportunos, á interrumpir el idilio.

—¿Tendrían la bondad de indicarnos hacia dónde cae el establecimiento penitenciario de esta localidad?

Los tórtolos, con una afabilidad que ni remotamente esperábamos, brindáronse á servirnos de guía.

Conducidos por la pareja, fuimos á la cárcel.

Una vez allí, nos pusimos al habla con un dependiente del penal.

—¿Qué desean ustedes?

—Celebrar una entrevista con la célebre *Escabechadora* para ver si logramos de ella algunas relaciones de los sucesos más culminantes.

—¿De modo que van ustedes á pedirle relaciones?

—Ciertamente.

—Pues no se molesten, porque va á decirles que no. La pobre se encuentra en muy mal estado.



Juzgándolo interesante, le hacemos varias preguntas sobre el particular.

Departimos un rato.

La charla del carcelero, como persona que está bien informada, resulta pródiga en datos curiosísimos.

—Nos está enterando de todo—me dijo Izquierdo al oído. Y á guisa de comentario sabroso, añade:—¡Que melón!

—Ya, ya—le contesto de igual forma.—
¿Sacaremos raja?

—¡Que duda cabel!

Pero, ¡ay! Nuestro gozo en un pozo.

Al darse cuenta de nuestro cuchicheo el melón, como es natural *se caló* todo, y arrepentido de su excesiva locuacidad anterior, puso punto en boca y negóse obstinadamente á seguir la descripción de su historia.

—¡La metimos, Pepe!

—Hasta el corvejón, *Coco*.

Por fortuna, los datos que nos había facilitado eran más que suficientes para el objeto que perseguíamos. Helos aquí:

Se trata de una criminal del *género chico*. Sus víctimas fueron todas menores de edad.

Filomena (que así se llama la *Escabechadora*) es hija de un tal Macabeo Ecija, vigilante de Consumos, á quien la supresión de éstos le *sacó de sus casillas*, porque el hombre tiene siete niños célebres en la comarca por sus maldades.

La historia de los siete niños de Ecija es una novela; pero renuncio á contarla aquí

por suponer que será ya conocida de nuestros lectores.

Filomena pasó la mayor parte de su adolescencia en Madrid, sirviendo en una casa de doncella; pero en seguida dejó de serlo y consagróse al cuidado de los niños.

Siendo niñera nació en ella la aversión á las criaturas, debido indudablemente á la guerra que le daban.

Fué entonces cuando su alma, empujada por la fatalidad, sumióse en las tenebrosidades del crimen y principió á rodar por el precipicio insondable de la perdición. ¡Oh!

Empezó por dedicarse á las *varietés*, asesinando despiadadamente, en complicidad cruel con las principales *estrellas* del género, cuantos *couplets* y canciones caían por su banda.

No satisfecha con el sueldo que le daban, presentóse un día al empresario, diciéndole que debía subírsele, pues con aquello no tenía ni para satisfacer el importe del vestido.

El empresario se lo subió; pero á ella debió parecerle poco, porque no sólo se marchó á otro *cine* donde le daban más, sino que dedicóse á jugar á la lotería con una afición loca, siendo muy de notar que no so-

ñaba, como la mayoría de los mortales que juegan, con pescar premios grandes. Su anhelo eran los *chicos*, y en cuanto cogía uno lo *hacía polvo* á escape, lo que revelaba ya su instinto criminal para con la infancia.

A título de curiosidad, consignaré que D. Abundio Pérez, fiscal de la causa, era en los buenos tiempos artísticos de Filomena uno de sus admiradores más fervientes.



¡Cómo se metamorfosean los tiempos!
¡Hoy pide *garrote* el que antes pedía *garro-
ín!*

El número de párvulos sacrificados hasta la fecha por Filo, como se la llama vulgarmente, es exorbitante.

Dado el fin alimenticio á que los destinaba, pueden suponer nuestros lectores la re-

gión de antropófagos inconscientes que á estas horas habrá por ahí.

Los escabechaba, por tandas, en el estanco que había establecido para disimular.

Primeramente despachó una de diez y ocho; después, una de treinta, y por último, una de cuarenta y cinco.

Los chicos que escogía para convertirlos en escabeche fluctuaban entre los cuatro y los diez y seis años de edad.

Una tarde, según cuentan, tenía entre manos uno de quince escogido, dispuesta á despacharlo también, cuando entró de improviso un guardia pidiendo un *vagón* de cerillas, y fué tal el susto que Filo llevóse, que automáticamente, sin poder articular palabra, soltó su presa, fué al departamento correspondiente, tiró del *vagón* como si fuera una máquina, se lo dió, y al marcharse aquél estuvo á punto de sufrir un ataque, debido á la excitación nerviosa que le produjo la aparición inesperada del personaje policíaco, aparición que ella estimó providencial.

Esto no obstante, al poco rato la víctima salió del estanco convertida en escabeche, con destino á una de las pescaderías más acreditadas.

Con los huesos fomentaba la fabricación

de esos botones para las camisas que se venden por la calle al precio de diez céntimos la media docena.

Los agentes de la autoridad que tuvieron la suerte de practicar la detención aseguran que ésta se verificó en una taberna y en flagrante delito, pues la *Escabechadora* tenía *medio chico* en las manos.

Registrado el domicilio de la fiera humana, se han encontrado infinidad de cuchillos, navajas y tijeras.

No cabe duda que estas son armas de Filo.

La vista del proceso ha despertado en la opinión vivísimo interés.

La creencia general es que la *Escabechadora* saldrá mal de la vista. Según informes del carcelero, no cesa de llorar.

Ayer prestó su primera declaración, conmovedora por cierto, el Sr. Lamuela, afligido esposo de Filo, que llegó procedente de «El Molar», en cuyo balneario se hallaba tomando aguas.

Al salir Lamuela del juicio todos experimentaron una dolorosa sensación.

Los jueces piensan sacar mucho partido de Lamuela.

Se espera un careo.

El crimen

de la calle de Tudescos

¡EL AUTOR! ¡EL AUTOR!

Asistía entre sueños á la inauguración del célebre evacuatorio de la Puerta del Sol, cuando, hete aquí, que al ir á utilizar sus servicios, es decir, en el mismo momento de la apertura, una voz me despierta diciéndome al oído:

—Levántate y anda.

Aquella voz, que no era la de Jesús precisamente, sino la de Izquierdo Durán.

—Vente conmigo á escape—añadió.

—Pero oye, tú, ¿me has tomado por un *lazarillo*?

Calla y obedece. Se trata de un asunto sensacional, por lo inesperado.

—¿Qué ocurre?

—¡Una friolera! Que el autor del crimen de la calle de Tudescos salió á las candilejas de la luz pública, cogido por manos policíacas.

—¿De veras?

—Y tan de veras. En la Central de Telégrafos hay varios partes que lo dicen á coro.

—¿Partes y coro? ¿No será una comedia?

—Creo que no.

—Vamos por partes.

—¿A la Central?

—Naturalmente. Es preciso cerciorarse antes de dar la información. Sin partes no se puede hacer nada.

—Tienes razón.

Una vez confirmada la noticia, nuestro deber de «reporters activos» nos obligó á salir en busca de detalles que pudieran despertar la curiosidad y el interés de los lectores. Y al efecto, hicimos la información de ritual en estos casos.

Ahí va para que vean ustedes si nosotros sabemos ó no sabemos *hacer crímenes*.

En la casa

Cuando llegamos al número 27 de la calle de Tudescos, un sujeto nos dijo en la escalera que todos los que fueron vecinos de la pobrecilla Vicenta se habían mudado.

Era Domingo.

Ustedes seguramente le recordarán aún por haber jugado un papel principal en el suceso que nos ocupa. Domingo Buendía es un hombre y este es su nombre.

Su importante cargo de *jefe de alabarderos* le hace ser conocido de mucha gente; pues tiene á su cargo las «claques» de varios é importantísimos teatros de la corte, exceptuando la del Real, que no la quiere porque, según dice, del Real se saca poco dinero.

Domingo, de temperamento excesivamente caluroso, llevaba la camisa desabrochada dejando ver una elegante elástica de listas grandes, regalo de un pariente lotero, según hubo de manifestarme.

Este *alabardero* nos vino de perilla, pues merced á la amabilidad de Domingo pudimos enterarnos de todo cuanto deseábamos saber.



Hablando con la portera

Considerando de gran interés para el público en general lo que pudiera decirnos la portera de la casa, decidimos celebrar con ella una «interviú».

Según uso y costumbre de todas las porteras, ésta no se encontraba en la portería.

Al fin, después de dos horas largas de persecución tenaz, pudimos dar con sus huesos en una carnicería. Reprendíale al dueño porque tenía la salchicha muy delgada, cuando entramos nosotros.

He aquí, al pie de la letra, lo que nos dijo:—¡Holal ¡Muy buenas! ¿Están ustés bien?—Me alegro. ¿Y la familia? Yo la tengo buena, gracias á Dios.—¿Son ustés periodistas, verdad?—Me lo figuraba.—¿Que si sé algo de Vicenta? Murió; ¿no lo saben ustés? De lo demás no sé ni una palabra.

Nuestras esperanzas, pues, no resultaron fallidas.

La declaración cancerberil revela, ya que no una elocuencia *dalmaciana*, una educación y una afabilidad muy raras en el gremio.

¡A la cárcel!

El señor esposo de la portera, que presta sus servicios, como guardia, en el Cuerpo de Orden público, tuvo la amabilidad de llevarnos á la cárcel, lo que muy de veras le agradecemos por ser este el medio más eficaz de conseguir nuestro propósito.

—¿De modo que ustés quieren?...

—Hablar con el matador.

—Entonces les dará un pase.

—¿Quién?

—El señor director.

—¡Ah! Bueno.

Este nos recibió con una afabilidad y cortesía proverbiales.

—¿Cuál es su propósito?—nos preguntó.

—Saber lo que hizo ahora y en la hora de la muerte.

—Amén. ¡Jesús!

La puerta del despacho se abrió en aquel instante, apareciendo un dependiente.

—¿Qué se le ofrece al señor director?

—Jesús, sirve á estos señores; porque supongo que querrán un pase...

—Natural—respondimos nosotros, y él

nos lo dió ayudado por el dependiente de marras.

Cinco minutos después nos hallábamnos en presencia del interesado.

El matador, sin soltar la muleta (pues el infeliz es cojo de *nación*, según confesión



propia), respondió á cuantas preguntas le hicimos, no experimentando la menor turbación durante el interrogatorio.

—¡Cuántos hombres que sentaron plaza de serenos se verán más turbados que éste al encontrarse entre aquellas rejas de perdición y de hierro!

Sin omitir detalle relató la historia de su conocimiento con Vicenta.

La vió por primera vez en la calle de Sevilla. Iba á la Carrera.

Su «mala pata» hizo que no la pudiera seguir.

Al día siguiente, para verla pasar, se metió á la misma hora en una cervecería.

—¿Qué va usted á tomar?—le preguntaron.

—Para entretener el tiempo, vas á darme un «bock» de cerveza.

—¿Doble ó sencillo?

—Por si la veo pronto, dame ahora uno sencillo. Después, si no la veo, doble.

Antes de acabar el primer «bock» pasó Vicenta, quien, según él declara, le había dejado sin corazón. ¡Se lo había traspasado!

El, en cambio, no se lo pudo traspasar á ella. Inútilmente le hizo una y otra proposición, ventajosas todas.

Por fin, un día subió á su casa dispuesto á que terminara tan angustiosa situación. La encontró peinándose. Volvió á las andadas con más calor que nunca. Comenzaba el mes de Agosto. ¡Todo en vano! Ella, sin hacerle caso maldito, siguió poniéndose moños. Entonces él, loco, frenético, con una navaja barbera que la víctima guardaba en una mesa, no se sabe para qué misteriosos fines,

le hizo un tajo tremendo, seccionándole la yugular. Bien pronto la habitación quedó convertida en un río. Era el tajo, del cual manaba sangre abundante y continua. Cometido el crimen, imitó á Pilatos, fuese muy tranquilo á la calle, y, sin abandonar su oficio de herrero, ha permanecido hasta el día de su prisión, errando de aquí para allá.

Tal es la historia contada por el criminal. ¿Será cierta? Tengan ustedes por seguro que no. En estas cosas, la fantasía española desempeña un importantísimo papel, y como la popularidad es tan codiciada, hay sujeto capaz de todo por conseguirla, cosa bien fácil aquí. Ya lo han visto ustedes. Basta con hacerse criminal.

Ó «reporter».

«EL COCO» ASUSTADO

Con el corazón en un puño

Espectáculo curioso.—En la Comedia.—El crimen primero.—Programa sanguinario.—Homicidio segundo.—Se va la cabeza.—*Lui*.—Sensación irresistible.—Una letra sin conocimiento.—Subvencionados.—A la calle.—Con el corazón en un puño.

Para evitar dolorosos desengaños á las muchísimas eminencias médicas que tienen el honor de leerme, las cuales, atentas siempre al movimiento científico, pudieran suponer por el subtítulo de esta información que iba á descubrirles algún fenómeno fisiológico, comenzaré advirtiéndoles que no es por ahí.

El órgano indispensable para la vida se encuentra muy á gusto siendo inquilino del principal izquierda en el edificio de nuestro pecho, y no ha cambiado, ni piensa cambiar por ahora, de domicilio.

Si esto último llegara á ocurrir alguna vez, yo lo sabría seguramente con antelación y sería el primero en dar á ustedes la noticia, aprovechando tema tan interesante para llenar las tres columnas de reglamento en la primera plana del periódico, acompañadas (¿cómo no?) de mi vera efigie en interviú con los pulmones.

Espectáculo tan curioso sería éste como lo es el que voy á relataros, pues sabed que de un espectáculo se trata: del «Gran Guignol».

Ello ocurrió hace ya tiempo.

Serían las nueve y media de la noche próximamente cuando Durán y yo entrábamos en la calle del Príncipe.

Al pasar junto al teatro de la Comedia advertimos un movimiento inusitado en el personal.

Porteros y acomodadores parecían revolucionados. Tal era su constante ir y venir de un lado para otro.

—¿Qué ocurrirá?

—Debe ser algo grave.

—Es preciso saberlo inmediatamente.

—¿Penetramos?

—Huelga la pregunta.

El conserje del teatro, de pie en el centro del vestíbulo, dirigía con entusiasmo bélico

aquellas maniobras dando en alta voz las órdenes oportunas, como si fuera un jefe militar en campo de operaciones.

Unos y otros, con rapidez vertiginosa, aparecían y desaparecían conduciendo en sus manos sendas tazas.

—¡Tila al cinco!



—¡Agua de azahar al dos!

—¡Un antiespasmódico al ocho!

Estos eran los gritos que se oían por todas partes.

—¿Qué pasa?—pregunto.—Esto parece el teatro de la guerra en vísperas de un ataque.

—¡Ojalá fuera uno solo! Son catorce los ataques habidos hasta ahora.

—¡Caracoles!

—¡Y trece desmayos; y veintiséis convulsiones!

No quise oír más. Sin duda se trataba de una catástrofe verdaderamente horrible.

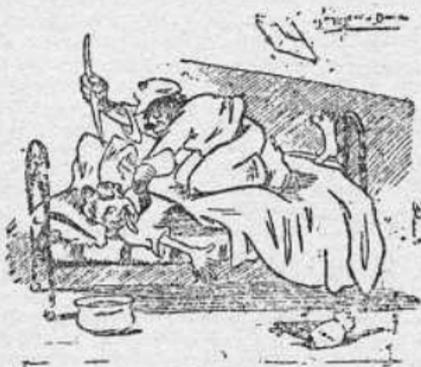
Asustado entré en la sala. Era un sepulcro. El más imponente de los silencios reinaba en ella. Los espectadores permanecían inmóviles, pálidos y lívidos con la vista clavada en el escenario.

Cualquiera hubiera creído hallarse en presencia de una legión de cadáveres. La actitud de éstos, que para nada se movían de sus asientos respectivos, era observada desde una de las plateas por el Gobernador, produciéndole satisfacción visible. Allí no había muertos que se levantasen. No era cosa de juego en realidad lo que allí se veía. Mis pupilas pudieron comprobarlo poco después al enfocar, curiosas, el moderno tinglado de la trágica farsa.

Un joven, de aspecto sombrío y de complexión robusta, encaramado en un lecho miserable, atenzaba con sus dedos fuertes el cuello de una anciana, enferma de gravedad, acortando su agonía por medio de la estrangulación, crimen que el médico foren-

se descubrió al llegar más tarde en compañía del comisario para hacer el reconocimiento y extender la certificación debida, que es la de muerte en este caso.

El criminal oculta su culpabilidad en un principio. Pero al oír la lectura del testa-



mento, en que la víctima le nombra heredero universal de sus bienes añadiendo además que es su madre, confiesa su delito, y en un acceso de locura, ante la monstruosidad de la falta cometida, se entrega en manos de la justicia pidiendo para sí todo el inhumano rigor de las leyes.

La representación de este suceso que ocu-

rrer á primera hora sirve de «vermouth» (¿cómo será lo demás?) para preparar los nervios de la concurrencia á mayores y más bruscas emociones.

Fiando en mi temperamento inalterable, cual los brillantes al carbono, tuve la heroicidad (bien puede calificarse así) de arrostrar el resto 'del sanguinario programa.

Quería ver por mis propios ojos las desgracias que producía el «guignolesco» espectáculo.

Ilumináronse las baterías. Iba á comenzar el homicidio segundo.

Con gran dificultad pudimos verlo. Nos lo impedía la señora ocupante de la localidad anterior con las exageradas proporciones de su cabeza, aumentada por la excesiva cantidad de postizos que en el peinado lucía para tormento de cuantos espectadores se hallaban detrás.

Llega la situación culminante.

Un «apache» baila con una ramera su danza característica.

Esta ramera es quien le ha denunciado á la policía. Él lo sabe. Y en una de las vueltas, sin que ella se aperciba, saca el kilométrico de la eternidad y, sin darle tiempo para que prepare la maleta, la obliga á em-

prender el viaje hundiéndole en la espalda la acerada hoja.

Los efectos no se hacen esperar.

Surgen los desmayos.

La señora que tenemos delante palidece de pronto y, pasándose la mano por la frente, exclama:

—¡Ay, Dios mío! Se me va la cabeza.

—¡Ojalá fuese cierto!— comenta Durán.

—¿Por qué, hombre? ¡Qué mala ideal

—Así lo podríamos ver bien.

Hecho durante el entreacto el arrastre de las bajas, y de las altas y medianas, pues entre las víctimas las hay de todas las estaturas, da principio la tercera *horripilantes*.

Esta se titula *Lui* y es la más sensacional de la «crónica de sucesos» que lleva por repertorio la notable compañía italiana, según nos advierte el compañero de tortura que tenemos al lado.

Aparece en su alcoba una de esas mujeres que tienen cartilla y dinero en el Monte.

Asomada al balcón se entretiene en llamar la atención de cuantos hombres pasan, invitándoles á subir.

Por distraerse coge un periódico y lee la descripción de un crimen horrible, espantoso.

El agresor no ha sido habido.

En todas partes cuecen habas...

Para facilitar su captura el diario publica las señas personales de él. Así sabemos que es rubio, de mediana estatura y tiene una cicatriz en el brazo izquierdo.

El ruido de pasos en la calle viene á interrumpir la lectura.

La «cocotte» se asoma. ¿Será un hombre? Sí; lo es. Le invita á subir por señas, y, ¡oh, felicidad! sube.

Poco después entra el individuo.

Es rubio, de mediana estatura y viene completamente embriagado.

Tras una serie de escenas interesantísimas y espeluznantes, resulta que aquel hombre es Lui, es decir, él; el feroz criminal á quien buscan las autoridades por su reciente asesinato, cuya descripción ha traído la Prensa.

Ella, en lucha titánica con el pavor superlativo que le domina, se finge mimosa y complaciente; y cuando ya en la cama él queda dormido, poco á poco logra evadirse de sus brazos que la aprisionan, para tenernos más de diez minutos en una tensión nerviosa capaz de aniquilar el organismo más fuerte y mejor constituido.

Hasta la respiración llega á contenerse, siendo de tal magnitud el silencio que impera en la sala, que el vuelo de un mosquito en aquellos instantes sonaría de igual manera que la Banda Municipal en un *crescendo fortísimo*.

Así suena también el *suspirazo* que sale de todos los pechos, cuando, al fin, la protagonista consigue salir de la habitación y va á dar parte al ama para que lo ponga en conocimiento de las autoridades.

Esta, al marcharse, la vuelve á encerrar con el asesino, quien despierta al ruido de las voces y de la lucha.

Y es entonces cuando la sensación terrorista escala los últimos peldaños de lo irresistible.

Cunden los desmayos, los ataques, las convulsiones.

Una joven cae desvanecida junto á nosotros.

La señora que la acompaña pretende volverla en sí. ¡Todo inútil!

—¡O! ¡O!— dice, llamándola por su nombre.

—¿Qué es eso?—pregunto á Durán.

—Una letra—me responde.

—¿Qué le pasa?

—¡Está sin conocimiento!— contesta la señora de marras, llena de sobresalto.

—Entonces—añade Izquierdo—es una letra inútil.

—¿Por qué?

—Porque una letra sin conocimiento no se puede cobrar.

Yo no puedo resistir más, y abandono la sala aterrorizado.

Durán me sigue.

Interviuvamos á un acomodador:

—¿Qué compañía es esta?

—La italiana que dirigen Sainati y la Staraci.

—¿Y Sainati *Staraci* mucho tiempo?

—No sé. Pero creo que sí, porque aseguran que está subvencionada por los médicos especialistas en enfermedades del corazón.

—Gracias. Adiós.

Ya en la calle, le digo á mi compañero gráfico:

—¿Sabes que salgo con el corazón en un puño?

—¿De veras?

—No lo dudes. Te hablo con el corazón en la mano.

—Claro, ¡si lo llevas en un puñol

Sobre la pista

Seguramente creyeron ustedes, al leer el título de esta información, que se trataba de una afortunada indagatoria acerca del paradero de algún excelentísimo señor criminal de levita y sombrero de copa, prendas usuales en nuestros modernos malhechores.

Se equivocaron.

«No es por ahí», como dicen los vecinos del gran Vicente.

El Coco, aunque es un «detective» insuperable (basta que lo diga yo), no piensa hacer uso, por ahora, de las brillantísimas cualidades policiacas que le adornan.

Está, pues, de enhorabuena la Jefatura superior. Por esta vez se libró del ridículo.

El Coco, en la actualidad, procura sólo distraerse. Con este objeto se marchó la otra noche al Circo de Price.

Junto al despacho, multitud de personas aguardaban en ordenada fila que les llegase el turno para adquirir localidades.

La cola prolongábase hasta la calle de las Infantas.

Esto me satisfizo. Era señal indubitabile de que iba á ver algo bueno.

Haber «cola» en la taquilla de un espectáculo cualquiera, indica que alguien viene *pegando*.

—Así era en tal ocasión. Confieso á ustedes que pasé un buen rato con la compañía de Parish y la compañía de Durán el imprescindible, que estaba también allí para *sorprenderme* con los apuntes de rigor.

Al entrar señalaba el reloj las nueve y quince minutos.

La notable pareja belga «Les Robertys», primer número del programa, hallábase en la pista. El la sostenía á ella, sentada en una mesa, sobre la barbilla.

El público aplaude. Yo les acompaño al considerar los equilibrios que es preciso hacer hoy para sostener á una señora tan guapa como la Roberty.

Les sigue «Busto», gracioso excéntrico madrileño, que imita á la perfección el trabajo de nuestros eminentes actores cómicos,

al provocar la risa y la admiración con una *gansada*.

Los gansos, perfectamente amaestrados, que presenta, no me son desconocidos. Juraría haberlos visto más de una vez, no sé si en el Senado ó en el Congreso.

El trabajo de «Busto» es el de un artista «de cuerpo entero».

Después, el austriaco marino atlético Lionel, con el británico Antony, ejecuta sorprendentes ejercicios de resistencia física, manejando con pasmosa facilidad grandes barras de hierro, que compiten por su pesadez con los discursos del virtuoso D. Dalmacio.

Este es un número de *fuerza*, pues conviene advertir que Lionel, aunque va seguido de un *inglés* constantemente, no es un *tramposo* vulgar, como alguno pudiera figurarse.

Les sucede un intermedio, á cargo de los divertidos clowns Nolo y Tony Grice.

Más tarde rivalizan en fuerza y agilidad las Sister Merkel, acróbatas.

Este es un número «de refresco».

Se compone de tres chicas alemanas, capaces de tumbar al hombre más fuerte.

Para conclusión de la parte primera apa-

rece la «troupe» americana «The Buffalos», ciclistas y jugadores de lazos.

Las americanas con lazos no me han gustado nunca; pero confieso que entre éstas hay varias *de abrigo*, que atortolan por sus *hechuras*.

Montando en bicicleta hacen locuras, y echando el lazo no tienen rival.

Leonard dice que estas artistas ganan mucho dinero. No lo dudo. El ejercicio último que practican es el más adecuado para coger *perras*.

Se hace el descanso obligatorio.

Mi antigua novia, Segunda López, viene á saludarme. Comenzamos á hablar. A poco suena el timbre.

Segunda parte.

Los alambristas canadienses, trío Millman, rompen marcha, sirviéndonos de «vermouth».

Por cierto que constituyen un «vermouth» excelente, puesto que ponen *al-ambre* en tensión y despiertan las ganas de aplaudir.

A continuación salen los «Brunin», billaristas-malabaristas. Estos franceses parecen más bien andaluces, por su facilidad en el manejo de *las bolas*.

—Si yo intentara hacer ese juego me haría *un taco*—dice mi acompañante.

—Pues ellos, ya lo ves, no se lo hacen.

—Los comprarán hechos.

Siguen los notabilísimos enanos «Ues-sems», uno de los cuales líbrase en Lilibut del servicio militar por corto de talla. Estos artistas, que encajan perfectamente en una compañía de «varietés», por pertenecer al «género *ínfimo*», son ovacionados con justicia, pues hacen cosas de persona mayor.

La «Condesa Carrilly», de quien puede asegurarse, sin necesidad de tratarla, que es una mujer soberbia, saca, á renglón seguido, cuatro caballos en libertad.

Esta domadora es también de las que ganan mucho. ¿Cómo no va á ganar teniendo tute de caballos?

La carcajada anida en nuestros labios por un momento con las ocurrencias cómicas de «Pastoré and Seiffert».

Tanto «Pastoré» como el anterior «Nolo», cumplen á maravilla su cometido. Tienen muy buenos *golpes*.

Los más celebrados por el auditorio son, como siempre, aquellos que propinan á sus respectivos «augustos».

¡Oh condición humana!

Observo con curiosidad que ni uno ni otro tonto tienen pelo de tal ni de cual... Ambos son calvos completamente.

—¿Has visto?—interroga Durán con extrañeza—. ¡Tontos y sin pelo!

—Sí que es extraño—le respondo—. Antes no salían así.

—¿Qué viene ahora?

—«Joe».

—¿Eh?

—«Joe Helsey», con su perro «Dick».

Este prodigioso animalito se mete en dibujos y sabe de cuentas tanto ó más que algunos de nuestros acreditados hacendistas.

Lo que más domina es la sustracción.

Podía muy bien ser ministro.

Termina la función echando fuera las «troupes» los «Vieville» y los «Ko-Ten-Ychi».

Son los primeros unos saltadores elegantísimos. Deben haber salido de *la goma*. No hay más que ver su elasticidad.

Los segundos, japoneses, presentan unos pasatiempos tan difíciles como los de Novejarque, sobresaliendo una sorprendente combinación acuática.

—¿Saldrá esto de su cabeza?—exclama el consabido Izquierdo.

—¿No ves que sí?—contesto yo indicándole el chorro que parece brotarle á uno de ellos del cráneo.

—Mira, mira. A ese se le han vuelto los sesos agua.

—¡Claro! De tanto pensar.

Salimos.

—¿Te ha gustado, «Coco»?

—Muchísimo.

—¿Qué números te han parecido mejor?
¿Los del escenario ó los de la pista?

—Chico, no sé por qué, á mí me parecieron todos *pistonudos*.

Es indudable que el amigo Leonard, como hijo del viejo William, entiende mucho de estas cosas.

Sólo falta allí un número que resultaría de atracción: Romanones.

Hoy es el rey de las *planchas*.

¡Adiós, Madrid!

La subida del termómetro inició la desbandada.

Las calles y paseos de Madrid comienzan á ofrecernos el triste espectáculo de la soledad.

Todas las clases pudientes y muchas de las no pudientes, abandonan más que de prisa este «chicharrero del Barroso y el madroño, unos por prescripción facultativa que impone los baños de mar, ó de río (según la cuantiosidad de los capitales correspondientes), y otros, la mayor parte, porque se impone el veraneo á toda costa, aunque éste sea del Mediodía

La señal de partida la dieron los periódicos al anunciar con la debida anticipación,

según es uso y costumbre, el viaje de los reyes.

Nosotros, así que supimos la marcha real, aunque nunca tuvimos una *posición desahogada* (pues gracias á Dios estamos bastante bien educados), no queriendo ser menos que el carbonero de la esquina, que también se va, dispusimos los baules, maletas y demás chismes inventados para incomodidad del viajero, y nos preparamos para salir á pasar una temporadita fuera de casa, convencidos de que aquí no quedan ya informaciones sensacionales que hacer.

—¿Adónde vamos? — me pregunta Izquierdo.

—A buscar frescura—le respondo.

—Te advierto—me dice—que para eso maldita la falta que hace salir de Madrid.

—No importa. Hay que imitar á la gente de buen tono.

—Eso es música.

—¡Tú que sabes!

Después de largas discusiones, llegamos á un acuerdo y elegimos Vallecas como lugar de sentar y gastar en él nuestro reales. Era donde únicamente podíamos ir, dada la cantidad de que nuestros bolsillos disponían.

En unión de esos hombres *cargantes*, vul-

garmente conocidos por mozos de cuerda,
partimos

«con rumbo hacia allá».

Abandonábamos Madrid cuando empezaba
á desperezarse la aurora.

Atravesando el *Pacífico* llegamos á *costa...*
de no pocos trabajos é incidentes, á la gran-
diosa estación del tranvía.



Una vez allí aguardamos la salida del
primer «expreso».

No éramos nosotros solos los que aguar-
dábamos.

Inmensa multitud circulaba por los alrede-
dores de la vía, dando visibles señales de
impaciencia.

—¿Qué hace usted?—pregunté á uno—
¿Pasear?

—A ver que vía—respondió—seguiremos
luego.

Predominaban las mujeres.

Como nota curiosa apuntaré que todas
llevaban bultos.

A los sesenta y cinco minutos y tres se-
gundos de estar allí, un silbido ronco y es-
tridente, como la voz de una primera tiple
del «genero chico», pone las masas en movi-
miento.

Es la señal de partida.

Mi compañero y yo observamos con ex-
trañeza que la gente no se da ninguna prisa
en ocupar sus asientos.

Giran las ruedas, el *convoy* se pone en
marcha y es entonces cuando empiezan á
montar.

Al cuarto de hora de arrancar el tren con-
tinúan montando viajeros.

Conviene advertir que la velocidad que
llevamos es aproximadamente la de unos
sesenta... metros por hora. Algunos sin
aguardar á que el tren se detuviese, apeá-
banse para ventilar asuntos de gran interés,
volviendo al poco rato.

Admirados de este modo de caminar, in-

terrogamos al compañero de viaje más próximo.

—Diga usted, ¿este... *tren* va siempre lo mismo?

—Igual.

—¿Y no choca?

—No, señor. Ya estamos acostumbrados.

A fin de pasar el tiempo lo más distraído posible, nos asomamos á la ventanilla. Nuestros ojos se posan curiosamente en la locomotora, que más bien parece un baul mundo con chimenea.

Al pasar por una curva muy pronunciada podemos ver que el maquinista va afeitándose.

¡Luego dicen que en España no hay personal práctico!

Los coches, divididos en dos clases, primera y segunda, se diferencian muy poco. La comodidad brilla por su ausencia.

Las mujeres de primera nos gustan mucho.

El tren se para. Apenas lo notamos. La máquina va á tomar carbón. Hemos andado medio kilómetro. Una hora de parada sin fonda, y la mole vuelve á ponerse en movimiento.

Izquierdo y yo tenemos que retirarnos de

la ventanilla porque la locomotora se ha convertido en un despacho de leñas y carbones.

El paisaje que se ofrece á nuestra vista nos recuerda á Maura. Es soberbio.

Montañas gigantescas cuyas cúspides elevadas se dibujan majestuosas en el fondo azul del cielo; árboles frondosos de espesas ramas que albergan cariñosas á miles de pajarillos; ríos caudalosos que en sus límpidas aguas ofrecen fiel espejo á la madre Natura, que, orgullosa, se mira en ellas... ¡Nada! ¡Nada de eso tienel

Una voz bronca y áspera como una escofina Losada nos saca de nuestro éxtasis contemplativo, gritando:

—¡Vallecas!

Hemos llegado á nuestro destino.

¡Oh, fatal destino!

En la plaza que sirve de estación nos espera la representación más brillante de la autoridad, encarnada en una negra pareja de la Guardia civil.

¡Irán á prendernos por haber tenido la ocurrencia de venir á pasar aquí el verano?

Afortunadamente no se meten con nosotros para nada.

Llegamos al hotel acompañados de infini-

dad de muchachas de la colonia, que nos dan ostensibles y patentes muestras de su *vasta* cultura y exquisita educación.

—¿Sabes—me dice Durán—que esta gente no me huele bien?

—¡Parece mentira! Siendo la colonia...

Allí nos encontramos con una lucida corte de nobleza y aristocracia. Entre ellos están



el conde del Serrucho, la marquesa del Charco, la de Pelache, la condesa de Fornos con sus dos padres, el confesor y el legítimo, y, por último, el marqués del Real Apremio, que se lamenta de que no haya venido ningún barón; todos ellos de paso para San Sebastián.

Las visitas que recibo son numerosísimas.

De nada me ha servido recomendar á mis queridos compañeros de la Prensa que guardaran silencio acerca de este viaje.

Todo el mundo, ¡todol, se ha enterado, no sé cómo, ni dónde, de nuestra expedición, y á la hora en que escribo las presentes líneas todavía no han cesado de venir é interesarse por el estado de salud en que nos hallamos, los amables y obsequiosos vecinos de esta distinguida ciudad.

—¿Conque ha venido *El Coco*?

—¿Dónde está *El Coco*?

—¿Qué hace *El Coco*?

Tales son las interrogaciones que por doquier se escuchan.

¿Oh! ¡Qué hermoso es llegar á la cumbre de la popularidad!

En el desierto había de encontrarme, y estoy seguro de que las esfinges harían uso de la palabra para preguntarme qué tal y cómo me iba, ó si había salido con bien de la última información.

Mis numerosísimos y entusiastas lectores creerán que voy á continuar aquí la interesante serie de artículos sensacionales.

¡Ay! Desgraciadamente para ellos no es así.

Vine única y exclusivamente á disfrutar
del descanso que tanto necesito.

Conque ya lo saben ustedes.

¡Adiós... y hasta otra!

¡Ah! No lloren por eso ¿eh?

Después de todo, la cosa no es para
tanto.



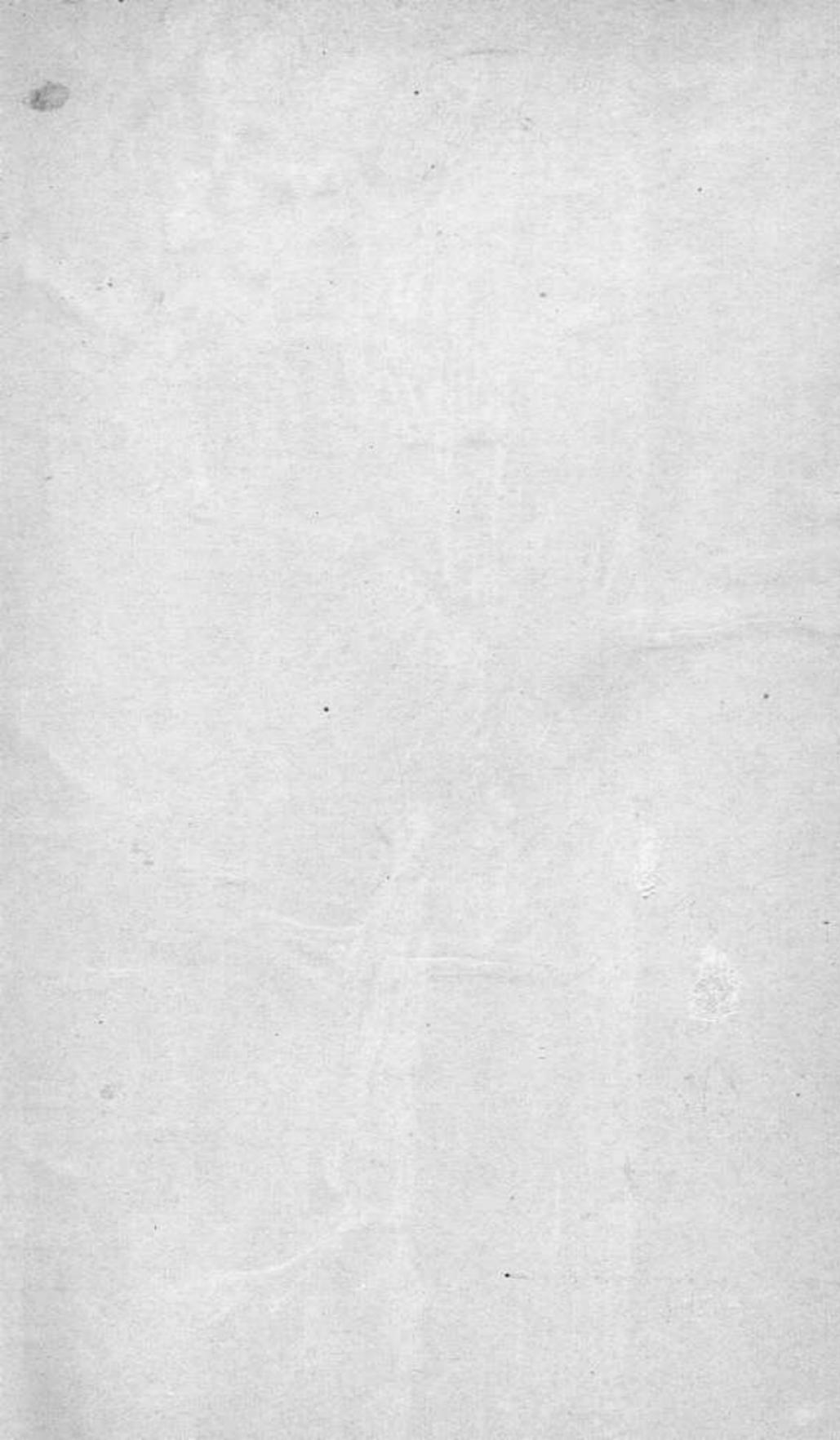
ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria.....	5
Las primeras páginas (prólogo).....	11
Hablando con el «Gallo» de la pasión ..	19
Un pobre criado en muy buenos pañales.	27
En casa de la bella «Pinguito».....	37
La partida de Canuto.....	47
Las mujeres de Candela.....	59
La bolsa de una señora perdida.....	69
Su vida en la bolsa.....	79
Un pastor que trae á España mucho ganado.....	91
Benavente espiritista.....	103
Haciendo la rueda á la Escabechadora..	113
El crimen de la calle de Tudescos.....	123
Con el corazón en un puño.....	133
Sobre la pista.....	143
¡Adiós, Madrid!.....	151



ESTA OBRA
HA SIDO IMPRESA EN MADRID EN EL
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE REGINO VELASCO
EN EL MES DE FEBRERO
DEL AÑO
MCMXIV

118



MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

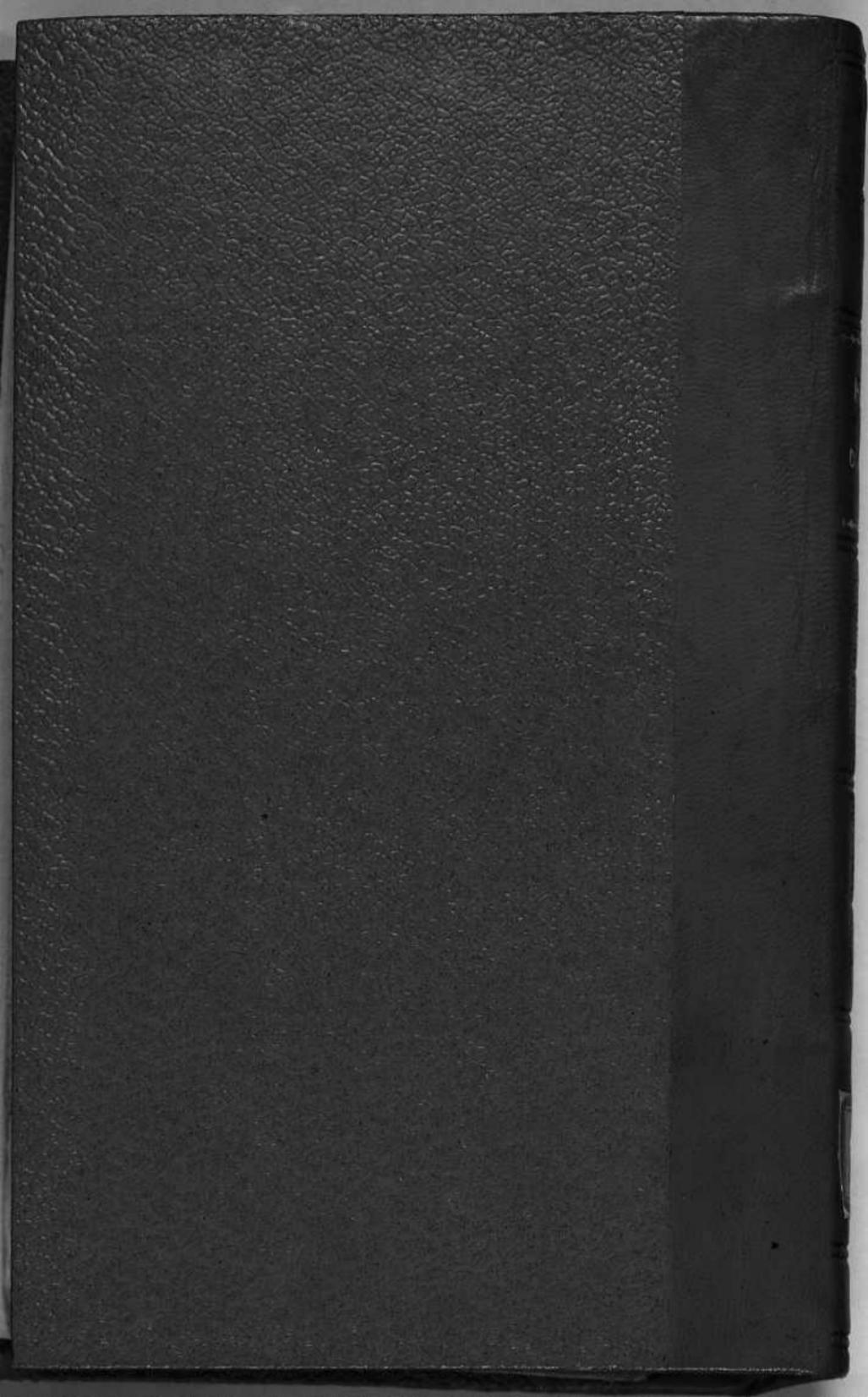
Pesetas

Número. 568 | Precio de la obra

Estante . 2 | Precio de adquisición

Tabla . . . 6 | Valoración actual

Número de tomos.



Hablando
con el gallo

168.